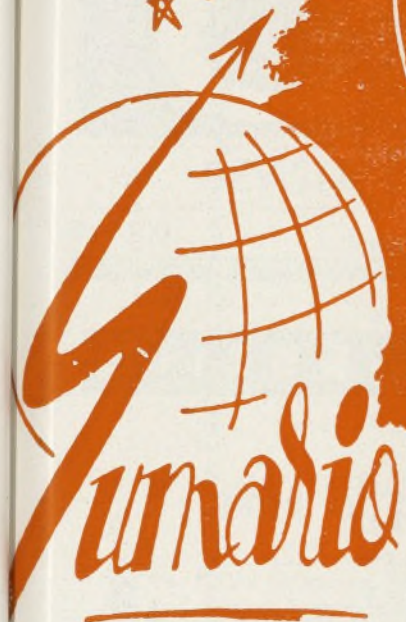


CENITT

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — José Muñoz Congost: Escribir por escribir o no decir nada. — Federica Montseny: La Commune de París y la Revolución Española. — M. Celma: Palabras y frases. — Félix Álvarez Ferreras: Pedro Kropotkin, un hombre y un sabio. — Abarrategui: Comentarios. — Floreal Castilla: Principios y circunstancias. — Richard Drinnon: Thoreau y su concepto del hombre probó y justo. — T. F. Cano Ruiz: El doble licenciado Cascales. — Miguel Tolocha: El tiempo en fichas. — V. Munz: Correspondencia selecta de Francisco Ferrer Guardia (folletón encuadernable).

198

Abril - Mayo - Junio 1971

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 2,00 F.



LA PLAYA DEL UAD EL YAHUD

Reproducimos este hermoso paisaje marroquí, por considerarlo digno de figurar en nuestras portadas.

Los efectos de luz, la vegetación, la serenidad que se desprende de este pedazo de costa, evoca imágenes de paz y felicidad. El clima, todo cuanto constituye la alegría de vivir de esas tierras, aparece evidenciado a través de esta fotografía, tan bella como el mejor cuadro de los impresionistas.

Por desgracia, la miseria, el atraso, el analfabetismo, las desigualdades sociales, hacen de esas tierras, no el Edén que anuncian sus bellezas naturales, sino el infierno para los pobres que son todas las tierras del mundo, lo mismo en climas clementes, que en climas duros e inhóspitos.

Algún día los hombres satrán instalar sobre la superficie del globo normas de vida que permitan que TODOS, y no solo unos pocos, gocen de cuanto la naturaleza ha hecho para todo el género humano.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Campio Carpio, Eugen Relgis, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte, José Viadiu, Victor Garcia, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	12,00
Exterior	15,00
Precio de un ejemplar suelto	2,00

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XXI

Toulouse, Abril-Mayo-Junio de 1971

N.º 198

EDITORIAL

Sobre el próximo Congreso Anarquista Internacional

EN los primeros días del mes de agosto, y en lugar que se precisará oportunamente, tendrá lugar el Segundo Congreso de la Internacional de Federaciones Anarquistas. Especificamos Segundo Congreso de la Internacional de Federaciones, porque, hasta el presente, han sido varios, y todos importantes, los Congresos anarquistas celebrados, pero hasta 1968 no tomó cuerpo la idea de federar internacionalmente las diversas Federaciones existentes y de que los Congresos fuesen Congresos de delegados de estas Federaciones.

Motivó esta medida, el deseo de estructurar organizacionalmente al movimiento anarquista y de evitar que el trabajo práctico quedase diluido en la discusión interminable sobre aspectos anecdóticos o secundarios, mientras las cuestiones fundamentales, enunciadas en un Orden del Día previamente elaborado y discutido en el seno de las Federaciones, quedaban relegadas a segundo término.

No quiere esto decir que los otros Congresos no hubiesen realizado una gran labor de definición y esclarecimiento de ideas. ¿Cómo olvidar el famoso Congreso de Amsterdam, en el que las intervenciones de Malatesta hacen historia? ¿Y el de Londres unos años más tarde, en el que la presencia de Kropotkin, de Ernestan, del propio Malatesta, de Sebastián Faure, entre tantos otros, dieron la prueba de la profundidad en los análisis y de la permanente actualización de las ideas?

Más recientemente, después de la segunda guerra mundial, se han celebrado Congresos anarquistas, en París y en Londres, en los que intentó ya darse estructura internacional al movimiento anarquista. No han sido quizá debidamente apreciados los estudios que se presentaron al Congreso Internacional de Londres en 1956, recogidos en un volumen en idioma español que pocos conocen y muchos olvidan.

El eco internacional obtenido por el Congreso de Carrara, en 1968, nos hace augurar gran concurrencia y expectación para éste de 1971. La labor realizada por los compañeros de la C.R.I.F.A. nos promete la adhesión y la presencia de delegaciones de numerosos países. Y el interés y la pasión con que de nuevo es estudiado el anarquismo, muestra los frutos de un trabajo de organización y de propaganda serio y continuado.

Para los detractores del anarquismo; para aquellos que lo presentan como un movimiento disgregado y disgregador, fiándolo todo al espontaneísmo, este próximo Congreso será una lección, a la vez que un toque de alarma. Preparémonos a escuchar y a leer otra vez calumnias y desatinos, emanantes de todos los que, hasta hoy, han creído monopolizar — falsamente — la representación de la extrema izquierda y de aquellos que aspiran a suplantarlos.

El esfuerzo que se realiza por dar forma orgánica al anarquismo, no es en detrimento de la riqueza de sus ideas y de sus matices. Siempre será el anarquismo un movimiento basado en el hombre, en la personalidad humana, dentro del cual todas las iniciativas, todas las interpretaciones, todas las diversidades serán posibles. Se trata únicamente de cohesionar la acción, de coordinarla, no de uniformarla. De establecer grandes líneas que sirvan de punto de partida, sin que ello signifique límite alguno para la búsqueda y el análisis incansables. Que esto ha constituido y constituirá siempre la riqueza y la perennidad del ideal libertario.

Deseamos gran éxito y labor fructífera al Congreso en perspectiva. Deseamos que él consolide y acreciente la labor iniciada en Carrara. Deseamos que él sirva de catalizador de energías y de estímulo para todas las voluntades.

MONOLOGOS
DESENCUADERNADOS

Escribir por escribir o no decir nada

por **José Muñoz Congost**

NO debe andar muy bien, que yo sepa, ese articulista español del que me lei hace unos días sus decires, liado hasta no sé donde con aquello de la autoridad y esto del Poder, y del uno a otro y del ayer a hoy, hasta sacarme de quicio.

Corre la pluma de aquél, como caballero que se cree al galope en combate singular y anda arras-trando las posaderas por el santo suelo.

O yo no lo entiendo o ese treno que entona a «principios» hasta ayer sagrados y con los que no sabe qué hacerse para decir no, sin dejar de decir sí, me sabe a guirigay difícil de interpretar.

Pero quizá sea yo bato hasta la raíz de los cabellos. Habré de proseguir mi soliloquio a ver si del hilo de mis razonamientos saco el ovillo de comprensible verdad. Recuerdo que decía entre otras cosas que antaño, «dos actos de reeldia, por el ta-lante con que prorrumpían, eran más bien confir-mación de la autoridad que puesta en cuestión de su legitimidad». Hogaño, en cambio, y siempre ata-do a la reata del articulista en cuestión, «es una teoría, repulsa de la autoridad que se presenta no con visos de desafuero, sino como empresa de eman-cipación del hombre, como lucha por su libertad y acto de realidad ética positiva».

Es decir, que con toda esa prosapia resabida de palabras y de ideas va a resultar a estas horas que las luchas por la libertad que la historia de siglos registró con sacrificios humanos y torrentes de san-gre vertida, fueron guagua hasta ayer. Eran confir-mación de la autoridad. Pero ya descubrió una pluma hispana que las cosas han cambiado en el presente. Desde hoy. Desde ahorita mismo, como decía mi amigo el platerense.

No me rompo los cascos yendo más lejos. ¿Para qué más almodonar el asunto si el fondo de la cues-tión está descubierto?

Hasta ayer no hubo nadie que pusiera en duda la «legitimidad autoritaria». La crisis es nueva, novi-sima, recién salida de la caldera y guardando aún el calor del plomo de la linotipia.

Hasta hoy, nadie dijo nada. Pero ahora, cuando los echacuervos de nueva cruzada quieren sacar de entre las sombras de torvo pasado, banderas y es-tandartes de novísimo nylon sacro-revolucionario, ahora, cuando esa revuelta es teoría y acto, ya no es desafuero y sí empresa por la emancipación del hombre. Con la Iglesia topamos, que dijo el hidalgo manchego. Los ensotánados, convertirán — si fuera

preciso — en mirgitorios cada una de las colum-nas de sus templos, si ello ha de permitirles conti-nuar montados en el machito.

Hábil es la prosa. Se escurre como anguila entre dos aguas. Y después de decirnos todo aquello de la rebelión contra la autoridad, la misma pluma desliza hacia los fueros de lo que fue y quisieran que continuara siendo.

Dice el mismo, unos párrafos más allá:

«Sublevarse frente a la autoridad suele ser mues-tra de inmadurez, de inadaptación e incluso de ma-la voluntad. Analizarla y criticarla para asignarle una función justa y modificar ciertas prácticas so-ciales, parece síntoma de madurez ética y comuni-taria».

A sus lectores tomará por pazguatos, que no a mi. Bien se le ve el plumero. La teoría es fofa; mu-cho ruido y pocas nueces.

Así, ayer los actos de rebeldía eran confirmación de la autoridad; hoy... muestra de inmadurez, de inadaptación y más y etcétera.

Si me falta madurez con lo que pienso prefiero seguir estando verde, que no maduro a palos. Aso-ma entre las líneas la silueta desagradable de la araña negra de que hablara el valenciano Don Vi-cente. La ética comunitaria está en saber analizar, criticar, proponer... pero quietecitos y con las ma-nos en los bolsillos. Como ciertas oposiciones al ré-gimen.

Y por más que se nos venga después con defini-ciones alrededor de la autoridad irracional y razo-nes sobre la autoridad sin poder y el poder sin au-toridad y salga con el dale que te doy y donde digo digo, no digo lo que digo, encontramos que lo irra-cional es querer llevarnos a bandazos con semejan-te tentajura de conceptos entre los que al fin y a la postre no dice nada.

Así se pretende solo demostrar que hay que «en-frentarse» con la cosa pública sin tocar un sólo pelo de la espesa toison que la cubre.

Naranjas de la China, dígame yo. Con pobres caspicias quieren hacernos un plato que engatuse a quienes estén en la inopia.

Y como no he de contarme entre ellos aún y con el riesgo de ser tomado por un echacantos, por las gentes «bien», habré de decir que no entiendo lo que dicen, aunque hartó sabido me tengo lo que no dicen, pero llevan bien guardado debajo de sus sombreros.

Literatura, a la que no cabe ni aún el consuelo

de ser de «a perra gorda» pues cuesta bastante más cara y que nos dio tal hartura que ando con ganas de echar afuera hasta la primera línea.

Pero no me cabe la menor duda de que hay algo bajo el manto de tan complicados razonamientos. Como me dije al comenzar, estar con el trasero en el polvo del camino y quisieran detener la cabalgadura que se les escapa.

Porque en fin: ¿A qué venimos con que autoridad y Poder no son una misma cosa, ni con eso de la racionalidad de la autoridad?

Como vayan con ese hueso a perro viejo, verán que el manjar sintético no es del gusto del animalito. Voy a ir por partes.

Tuve que echar mano del «Diccionario de la Lengua». Y como éste, ni lo hice yo, ni piensan como yo los que lo hicieron, nadie vendrá, si salgo con este testimonio, a acusarme de torticero. Y lei:

«AUTORIDAD. — **Potestad** que en cada pueblo ha establecido su constitución para que lo rija y gobierne. **Poder** que tiene una persona sobre otra que le está subordinada. Persona revestida de algún **poder**, mando o magistratura.

»PODER. — Gobierno de un Estado, Poder absoluto = **autoridad** absoluta. En los gobiernos representativos, el que tiene a su cargo gobernar el Estado.»

Aunque con eso de rebelarse contra la autoridad y sobre todo si es irracional, quizá resulte que entre esas fuera de razón esté la de la autoridad lingüística de la Academia. Y si no se pueden rebelar contra otra, venga una contra esta modestita de los que manosean el idioma, que cuando no hay pan, buenas son tortas. Y voy a dejar el tema, porque se las trae, pero antes de hacerlo quiero repetirme mis razones, que valen lo que valen, pues como me las hago yo sólo y solo para mí, al dárme las son aceptadas.

Para mí que no hay autoridad sin poder ni viceversa. Andan uno y otra como esa pareja de reyes que hizo célebre el perjurio de Granada y el genocidio de dos razas: «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.»

La lucha contra el Poder, contra la autoridad, aunque no le convenga al articulista de marras, no es de hoy. Viene de bien lejos, porque es lucha del hombre por su supervivencia. Y cada vez que por circunstancias diversas la autoridad cayó hecha trizas, respiraron tranquilos los hombres por algún tiempo.

La autoridad, de por sí, es irracional. Porque no es racional que nadie se crea con poder sobre otro y con derecho a disponer de él. Porque va contra la libertad al coartar al individuo, contra la fraternidad al enfrentar a unos con otros, contra la igualdad al crear jerarquías.

Y habrá que cortar por lo sano. Ni crítica pura, ni modificación de prácticas sociales que valga. Por esta vez (una más) y que no quieramos los respingos de toda laya, los anarquistas estamos en lo cierto.

Si hay crisis de autoridad, de poder, es porque el hombre está más que harto y se rebela contra ella, contra el Poder y contra el Estado.

Puede el hombre aceptar una administración co-

munitaria de cosas y bienes pero rechaza que se le gobierne. Más claro... agua.

..

Y puesto ya en plan de mal genio, desbocado por tan espinosas cosas como traen los papeles, pasaré a otro tema, a seguir echando de la oseta, que es buen desahogo. Dice otro que tira de pluma (y si no cito los nombres es por no hacerles mala y gratuita publicidad) en artículo sobre «Cuestiones laborales» — que ya no se dice obreras por allí — que hay en España un movimiento obrero con raíces en el pasado sindicalista, pero con nuevas características.

¿Será o no será? Se trata ahora y en previsión de mañanas poco claros, de dar contornos anticipados de cierto tipo al futuro del movimiento organizado español. De punta a rabo nos los hemos leído. Cuando se habla de movimiento obrero, los de la C. N. T. somos así. Nos interesa todo.

El artículo es un pasavolante sin consecuencias. Repetición de mil cosas archisabidas de viejo, pero que pueden tener regusto de cosa nueva a los del analfabetismo vertical. Mejor es lo que dice el articulista que lo que hay desde hace más de treinta años. Pero mejor, no quiere decir bueno. No soy yo de los que tragan con el «mal menor». Vaya esa táctica para los truchimanos de la política.

A estas alturas descubre el autor del citado que el sindicato no puede ser «correa de transmisión como los sindicatos comunistas» (¿no leí eso en alguna parte?) ni tampoco sindicato con objetivos finalistas como esos románticos del anarcosindicalismo (también me parece que ya leí eso en otro lugar).

Y después de disquisiciones y razones de las que nada pudimos sacar, por sequerosas, descubre en conclusión un sindicalismo novísimo de temple y empaque españolista: el sindicalismo reformista, a lo europeo, a lo americano, como se quiera llamar; ese sindicalismo que deja regir a los políticos y se cuida de las 15 pesetas, los puntos familiares, el seguro de enfermedad y las vacaciones pagadas. El sindicalismo de las comisiones paritarias, al que los jóvenes del mundo entonan hoy treno sin emoción, canto fúnebre sin sentimiento.

No faltarán maroneros, aspirantes al mangoneo con un tal sindicalismo. Mala panacea nos trae el amigo. Santo que no hará milagros como no los hizo en ningún lugar. Esculpido en materia muerta.

Pero a todos ellos, líderes de nuevo sindicalismo que encuentra su **consejo privado** en las sacristías, les aventuramos malos porvenires. A la hora de la verdad tendrán que tomar las afufas. Porque el sindicalismo, que tiene un pasado en España, el que aún vive y late y trabaja y se organiza y se prepara, allí entre las sombras de la clandestinidad de verdad y aquí en el desierto moral de mil exilios, es un sindicalismo revolucionario, el anarcosindicalismo, quizá romántico pero con los pies bien firmes en el suelo, brazo fuerte y cerebro claro. Ese sindicalismo cuyas realizaciones son aún en el mundo pauta, ejemplo, documento, experiencia positiva.

Ya volveré otro día, con mis monólogos, si motivo encuentro para ellos.

La Commune de París Y LA REVOLUCION ESPAÑOLA

por **FEDERICA MONTSENY**

(Continuación)

La vida nos alecciona constantemente

Ahora hablaremos de otro aspecto. No es posible que esta conferencia sea, pura y simplemente, una mirada retrospectiva, una glosa del pasado, examinando un movimiento separado de nosotros por la distancia enorme de 66 años.

Cada año ha habido un aniversario de la Commune; cada año se han escrito artículos periodísticos rememorando la Commune; cada año se han glosado las figuras excelsas de la Commune, pero en ningún año, en España sobre todo, la Commune había de tener tal repercusión, tal eco. Hemos de sacar enseñanzas. No haríamos nada nosotros, sin aprovechar las enseñanzas que los otros nos dan. La vida nos alecciona y hemos de aprender constantemente. Aprender para la especie, para la historia. Nosotros, individualmente considerados, como época, como generación, no somos nadie. Nada más que eslabones de una misma cadena, y si los niños para andar tienen que caer muchas veces, así nosotros también hemos de caer muchas veces para aprender a andar.

La Commune fue una de las innumerables caídas de la especie, que ha de enseñarnos a andar. En esto también hemos de volver a Flourens, que decía que para el verdadero revolucionario todo se reduce a una cosa: a no darse jamás por vencido.

Un verdadero revolucionario, es revolucionario siempre. Si en una revolución es vencido, en otra revolución triunfa. El movimiento se demuestra constantemente andando. En España hemos tenido también caídas dolorosas. ¡Cuántas veces hemos ido rebotando sobre las piedras de todos los caminos! ¡Cuántas aristas clavadas en nuestra carne! ¡Cuántas víctimas dejadas en el camino! Pero todo eso nos ha enseñado a andar; gracias a todo eso andamos. Andamos aún a ciegas buscando la idea madre, la idea motriz que nos conduzca hacia el camino verdadero, por el que pueda ser realizada.

El error de la Commune fue aislarse del campo

La Commune cometió errores imperdonables. El error más grande fue el de ser, pura y simplemente, un movimiento de masas industriales. Esa fue

la desgracia de Francia. Francia, mientras ha sido un pueblo viril, un pueblo digno, ha tenido siempre dos o tres ciudades, hirvientes de entusiasmo, agitadas constantemente. De un lado, una enorme población campesina, unas provincias que han sido constantemente una rémora para París, para Burdeos, para Lyon, para Marsella. Este fue el error de la Commune. Se preparó, se gestó en París, que era el cerebro, la cabeza, pero el resto del cuerpo fue abandonado a sí mismo. Por eso, las provincias enviaron los soldados a Versalles y estos soldados lucharon contra el pueblo de París.

En España, en este error no hemos incurrido. Hemos pensado siempre que no hay revolución posible si esa revolución no se hace en la ciudad y en el campo. Félix Pyat, cuando moría, pronunció estas palabras: «Estábamos equivocados; aún no se habían transformado bastante las conciencias». «Era un movimiento prematuro». Pero nosotros hemos tenido tiempo de trabajar las conciencias, de preparar la conciencia popular española, de los obreros industriales y de los campesinos. En España, una burguesía cerril, inculta e inepta, una aristocracia aún más inculta que la propia burguesía, una clase media de aspiraciones reducidas, de horizontes morales pequeñísimos. Y sólo un proletariado, sólo una masa obrera de la ciudad y del campo, agitando, persiguiendo ideales eternos de justicia. Esa ha sido España, y esa ha sido la suerte y la desgracia de España. De ahí que en España todos los movimientos, aun los políticos, han debido tener un contenido social. Desde el 48 hasta hoy, no se ha producido en España ningún movimiento político, republicano, socialista o anarquista, que no haya tenido un contenido social. Ha de tenerlo a la fuerza, cuando es el pueblo, son los explotados, los siervos de la gleba, los mineros que bajan al fondo de las minas, los que ganan el pan con el sudor de sus frentes en los talleres, en las fábricas, los que producen el movimiento, los que dan su sangre por el movimiento y por los ideales a él vinculados. De ahí el contenido social de todos los movimientos populares españoles.

Todos los movimientos en España han tenido un fuerte sentido social

La primera República de España tuvo ya conte-

nido social. Y lo ha debido tener la segunda. Precisamente porque se intentó quitarle el contenido social que le había dado el espíritu popular, se produjeron movimientos revolucionarios y se llegó a la revolución que estamos viviendo. En España sólo se conseguirá el equilibrio en el momento en que el ideal político, el plan de realizaciones sociales dé cumplida satisfacción a las necesidades y a los anhelos de los que son el nervio, la sangre arterial de todos los movimientos: los trabajadores de la ciudad y del campo.

Pero si la Commune cometió el error de olvidar las provincias y abandonar el campo, nosotros también hemos incurrido en errores, y contra esos errores trabajamos hoy con desesperación. Con desesperación he dicho, y ésta es la palabra.

La situación de París, sitiado, era difícil, pero no es menos difícil la situación de España. En España hay un círculo de hierro establecido por todas las naciones extranjeras. Estamos cercados por mar y por tierra, con un enemigo interior apoyado internacionalmente y con un pueblo abandonado por el mundo, sacrificado al interés de cada país, como si las ideas universalistas de la Internacional, del socialismo, fuesen letra muerta para pueblos como el inglés, como el francés, como el belga, que nos inmolan al terror que sienten de que se repita la guerra, que no podrán evitar tampoco a pesar de nuestro sacrificio.

Pero el hecho es éste: Una España debatiéndose en una guerra civil, parecida a la guerra civil producida en Francia después de la primera revolución. Los plutócratas, los reaccionarios, los privilegiados de siempre, unidos contra nosotros. Nosotros, los trabajadores, los explotados de siempre, unidos también más o menos relativamente contra la unidad de los otros. Y nuestros errores, de los que hay que hablar siempre para que puedan ser subsanados.

Hay que transformar la conciencia social de nuestro pueblo

En España ha habido un movimiento obrero, abrevado siempre en ideas revolucionarias, en oposición permanente, porque en ella residía precisamente la posibilidad de mantener en constante tensión al pueblo. Y ahora necesitamos dar a las masas, a los trabajadores de la ciudad y del campo, el sentido constructivo, la capacidad organizadora, todo lo que no pudimos desarrollar en ellos, porque no podíamos dedicarnos a más labor que la de la lucha, que la de oposición.

Si el error de la Commune fue abandonar a los obreros del campo, desafiar sola, confiando en su potencia espiritual y moral, al enemigo, el error nuestro sería también desafiar al enemigo de fuera y de dentro, sin tener transformada la conciencia popular que ha de darnos la victoria, que ha de realizar las ideas de la Commune rebrotadas en España.

Nos debatimos siempre en el mismo círculo vicioso. Necesitamos dar sentido constructivo a nuestra revolución. Necesitamos que nuestras masas, que el proletariado, la esencia y la potencia de

España, tengan sentido constructivo, para que se conviertan en la fuerza organizada con que hemos de luchar contra los enemigos, contra los de dentro y los de fuera ¡Transformar la conciencia! Hacerla serena, sobria. Confiando sin exceso, pero no desconfiando sistemáticamente, porque nada puede hacerse sin un mínimo de confianza en los demás. Si miramos a nuestro alrededor y no vemos más que enemigos, más que traidores, más que gentes que pueden colaborar con el adversario, estamos absolutamente perdidos; no haremos nada. Flourens lo decía con desesperación, viendo cómo se extendía la divergencia entre los jacobinos y los moderados.

Unidad, consciente y serena, y sentido constructivo, no negativo. Hasta ahora hemos destruido, hemos sido una fuerza de oposición; ahora hemos de ser una fuerza constructiva. Serenamente, sobriamente, firmemente.

Unión y sentido constructivo contra el bloqueo internacional

Para luchar, se necesitan fortificaciones. No pueden luchar los hombres sin parapetos, sin trincheras. Socialmente, tampoco se lucha sin parapetos, sin fortificaciones. ¿Sabéis cuáles han de ser las nuestras, las de los que luchamos por una sociedad mejor? Las realizaciones. Aquello que se hace sólidamente, firmemente, y que no puede ser destruido así como así. ¡Construir! He aquí el imperativo categórico del momento. Hacer labor efectiva. Esto es lo que debemos de hacer nosotros. Reparar nuestros errores, superar nuestra propia conciencia transformándola y adaptándola a las necesidades del momento. Actuar, trabajar, realizar. No podemos perder ni un segundo. Hemos de hacer una doble obra de confianza y de defensa.

Con las fortificaciones, en el frente, los soldados resisten, se baten y vencen. Nosotros, en la retaguardia, en el aspecto social hemos de hacer lo propio. Realizar algo que quede, que reste. Si no lo hacemos, si nos dedicamos sólo a destruir, si el enemigo rebasa nuestras primeras líneas, nos encontrará en la retaguardia desarmados, indefensos también en el aspecto económico.

Pensemos ahora por un momento. El bloqueo de España es un hecho. Llamarlo control es una ironía sangrienta. La realidad es esto: un bloqueo. Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, rodeando las costas españolas. Mientras se consiente que Italia controle la costa mediterránea, para poder desembarcar a su gusto divisiones, no se permite que Rusia controle nuestras costas porque se la considera beligerante en la lucha de España.

Además, por si fuera poco, empieza a hablarse ya de tomar medidas financieras contra España, y eso se hace después de haber hablado Italia de la conveniencia de embargar el oro español. ¿Sabéis lo que eso representa? El bloqueo de todas las divisas, impidiendo la entrada en España de materias primas, de medicamentos, de alimentos, de todo lo que España necesita. Y se hace contra España, contra un país que está enzarzado en una guerra civil, que no es combatiente contra nadie. Pero eso se va a

hacer. Es una combinación magnífica, una manera de conseguir los objetivos fundamentales del momento: los mismos objetivos que perseguía la santa alianza contra Francia el año 93. Lo que perseguían Napoleón y Bismarck contra la Commune de París. Entregados a nosotros mismos, debatiéndonos en una lucha desigual, porque mientras Francia e Inglaterra serán fieles al control, no dándonos absolutamente nada, en cambio Alemania e Italia darán lo que les parezca al franquismo. Un cordón de fuego y de hierro a nuestro alrededor. Una revolución que estalla, un país que aspira a realizar ideales socialistas, un capitalismo internacional con intereses colosales, con minas en Ríotinto, en Puertollano, en Almadén, en Asturias, en Vizcaya, en toda España; con capitales en toda clase de empresas españolas, desde la Telefónica hasta la última explotación de Suria y de Figols. Y este capitalismo pugnando por reducir por el hambre a un país que va a realizar una revolución, intentando someterle por hambre, como se somete a la familia del revolucionario obligándole a ir a misa y a aceptar más horas de trabajo, por el mismo procedimiento en una forma vulgar expresado.

Si nosotros no tenemos aquí trincheras económicas, ¿qué será de nosotros? No podremos traer trigo del extranjero, ni materias primas. Si no intensificamos la producción, si no realizamos los máximos esfuerzos, la lucha durará poco. Seremos reducidos por hambre. No serán las hordas de Franco y Mola, contra las que luchamos victoriosamente, no serán las cuatro divisiones de italianos que luchan en el frente de la Alcarria lo que nos vencerá. Será el bloqueo por el hambre, será la imposibilidad de traer a España alimentos y materias primas. ¿Comprendéis esto?

Intereses imperialistas frente a nuestra revolución

Nosotros podemos pensar que la revolución, en virtud de esos saltos de que os hablaba, dos pasos adelante, uno atrás, no avanza tanto como queremos; podemos considerar, decir entre nosotros, que la revolución está sacrificada, que actuamos contrarrevolucionariamente, que sabotamos los principios revolucionarios, pero para el extranjero todo eso no existe. Para el extranjero no hay más que una verdad única y simple: un capitalismo destruido, unos intereses capitalistas internacionales reducidos a cero, una revolución socialista que sigue su curso y que va a realizar ideas demasiado avanzadas, que pueden ser el ejemplo que sigan los proletarios de los demás pueblos. Y contra esto, que para nosotros es poco, que para los de fuera es muchísimo, la unidad sagrada, la santa alianza de todos los países capitalistas europeos.

Inglaterra está frente al poder naval de Alemania y de Italia; Inglaterra ha de defender los intereses coloniales frente al expansionismo imperialista de Italia y de Alemania, pero frente a la revolución española, que puede agitar las legiones de siervos que tiene en Asia, que puede producir movimientos similares en Escocia, en Irlanda, en el País de Gales, forma también el cuadro, tiene que ser enemiga nuestra, porque defiende los intereses de

los capitalistas ingleses. Francia, país democrático, el país de la Commune, desangrado por la guerra, destruido espiritualmente por la guerra, con un proletariado que prevé una amenaza fascista interior, se debate en una lucha cruenta, en una lucha moral terrible, porque, a pesar de todo, el espíritu francés es caballeresco y noble, y Francia sufre el drama más tremendo que puede sufrir un pueblo individual y colectivamente considerado: una Alemania poderosa, armada hasta los dientes, delante; una Italia al lado; el peligro de una invasión alemana por los Pirineos; interiormente desarmados, sin fuerzas para resistir contra Alemania, contra Italia y contra una España fascista, no confiando más que en Inglaterra y oscilando a compás de las oscilaciones de Inglaterra.

Solos frente al enemigo

Y nosotros absolutamente solos, porque Rusia está muy lejos, puede ser fácilmente cerrado el paso de los Dardanelos, y Méjico más lejos todavía. ¡Solos! Esa es la realidad. Solos con nuestras luchas y con nuestro espíritu negativo, pugnando aún por transformar las conciencias de que hablaba Félix Pyat, que la Commune no pudo transformar en dos meses. Nosotros llevamos varios meses y hemos de darles el espíritu constructivo que no han tenido hasta ahora. Hemos de ser el puntal material que resista al bloqueo económico y militar.

Hemos de exaltar en nosotros un sentimiento que, aunque después pueda convertirse en peligroso, hoy ha de ser el aglutinante que nos una a todos. Aquí estamos, reunidos, republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas, hombres de todas las tendencias, con anhelos políticos diversos. Podemos pugnar los unos por una cosa y los otros por otra. Pero hemos de ver muy claro, que si España es sometida por Italia y Alemania, lo que se realizará aquí será algo ajeno a nuestra raza, algo importado de fuera. En España se rompió los dientes Napoleón; en España se estrelló el poder napoleónico; podemos decir que el alcalde de Móstoles fue la avanzada de Waterloo. Y ahora yo os digo, camaradas de todas las tendencias que no habéis perdido el espíritu indómito de la raza: hay una unidad, una triple unidad a establecer: la unidad racial contra el invasor; la unidad moral contra el enemigo político, porque hay muchos puntos de contacto entre nosotros, porque hay un ideal común y eterno que han perseguido siempre los hombres, y la última, la instintiva, la que establecen los animales cuando se ven acosados por el hombre. Cuando en las selvas africanas y asiáticas aparecen los cazadores, los animales se agrupan: los antílopes y ciervos al lado del león, su enemigo, y las cabras al lado de las serpientes, que se deslizan por el suelo.

En la paz, el león devora al ciervo y la serpiente se come al cabritillo tierno; pero cuando surge el hombre, que es el enemigo de todos, huyen al unísono y todos se meten en el mismo agujero: es la unidad del instinto de conservación. ¿Seremos inferiores a los animales, que ni esa unidad sepamos establecer? La hemos establecido, pero ¡cuántas

veces quebrada por los unos y por los otros! Y eso es un crimen. Tal es el caso de los que, llámense como se llamen, hagan obra partidista, pugnen por realizar sus ideales particulares, por emplazar los intereses de partido o de organización por encima del interés colectivo de la lucha.

Vosotros, trabajadores de todas las tendencias, vinculados a la causa de España, que es la causa de la libertad y de la justicia, de la defensa contra el enemigo interior y exterior, no debéis hacer obra partidista. Toda obra partidista es una obra contrarrevolucionaria. Lo he dicho mil veces, y lo repito ahora: si la hacen los unos, ellos serán los contrarrevolucionarios; si la hacemos nosotros, lo seremos también.

**

Unidad política, de hombre que lucha contra el enemigo secular de todos los principios democráticos, porque la democracia se extiende desde la palabra democracia — gobierno del pueblo por el pueblo — hasta la palabra acracia, que es gobierno de cada hombre sobre sí mismo. Unidad elemental, primaria, troglodítica, que es la establecida por los animales y por los primeros hombres contra las tribus que los perseguían. Triple unidad y comprensión clara del momento, sabiendo lo que nos jugamos en esta guerra y en la revolución, que sólo ha empezado. ¿Sabéis cuánto tiempo necesitó la Commune de París para llegar al momento psicológico propicio? Ocho años. Nosotros, de tanteo revolucionario, llevamos solamente seis. La revolución no ha comenzado hasta el 19 de julio. Han transcurrido ocho meses. ¿Qué son ocho meses? Nada. En el tiempo nada; como una gota de agua en el océano. ¿Cuánto tiempo durará la revolución? ¿Quién sabe! La revolución rusa empezó el 18 y puede decirse que aún no ha terminado. ¿Quién sabe lo que durará la nuestra! Lo que sí sabemos es que vivimos el período inicial, el que acosa a todas las revoluciones: la santa alianza, la unidad sagrada de los intereses que la revolución daña, contra los que los dañamos, contra todos; los republicanos, porque no consintieron que Franco y Mola se apoderaran del gobierno; los socialistas, volviendo a incorporarse al ritmo revolucionario con el movimiento de octubre del 24, y nosotros porque hemos sido los que hemos mantenido en constante tensión, los que hemos hecho hacer gimnasia revolucionaria al pueblo español desde el 14 de abril hasta la fecha. Pero esa gimnasia revolucionaria ahora ha de transformarse. Ahora hay que hacer la gimnasia del trabajo, poniendo en tensión todos los músculos de nuestro cuerpo. La que hace el obrero de la mina arrancándole sus tesoros; la que hace todo obrero que trabaja, que produce, que puede decir: esto es lo que he hecho.

Las dos frases: destrucción y construcción

Hay dos períodos revolucionarios: el que yo llamo pre-revolución, que es el período de agitación permanente, en el que el revolucionario no debe darse nunca por vencido, período magníficamente llevado

por nosotros. Después el revolucionario, el período de coordinación del esfuerzo, de organización de la lucha, en que la destrucción moral se convierte en destrucción material, y las masas lo aniquilan todo. Y después el período constructivo, que revolución que destruye sin construir no hace absolutamente nada. Si destruimos un barrio obrero porque es sucio, porque está formado por casuchas infectas, en las que viven, revueltos, los chicos, los hombres y los perros, hemos de tener preparado otro, más sano, más alegre, más claro, para estas familias. Si no hacemos esto, a esas familias las dejamos sin amparo.

Otra cosa que quiero comprendáis bien: una revolución destruye todo lo pasado, todo lo sucio, todo lo atrasado; pero ha de ser a condición de que construya lo nuevo, la casa limpia, la casa sana, la casa mejor.

Y esa es la obra que hemos de realizar nosotros. Construir un mundo nuevo que sustituya el mundo viejo que estamos destruyendo. En una mano la piqueta demoledora y en la otra el buril que cincela. Hemos de estar en todas partes, hemos de saber cumplir todos nuestra misión de revolucionarios, de combatientes, de productores. El que no sirva para el frente, en la retaguardia, pero trabajando, pero produciendo. No se puede exigir a todos los hombres que sean héroes, que tengan espíritu combativo, pero se puede exigir a todos los hombres que rindan un servicio a la sociedad, que sean útiles a sus semejantes. El que no sirva para combatir, que trabaje, pero nadie, por nada, en nombre de nada, tiene derecho a dedicarse a destruir lo que los otros hacen.

España, país predestinado a grandes destinos

Esa es la labor. Y si no lo hacemos, camaradas, ¿cuál será nuestra suerte? No soy pesimista. No he creído nunca que podamos ser vencidos. En cierto modo, por temperamento, quizá por condición de la raza, soy un espíritu fatalista. Yo creo que las cosas no están escritas, pero que hay un encadenamiento de hechos, hay una causalidad que nos conduce a un fin predestinado. El destino lo forjamos nosotros, con nuestras reacciones frente a los hechos que se van encadenando.

Yo creí siempre que España era un país predestinado para convertirse en país mesías. Lo he creído, si queréis de una manera absurda. ¿Cómo podía creerlo esto de un pueblo que tiene un contingente de analfabetos superior a todos los países europeos; de un pueblo industrialmente situado en un nivel medio inferior en mucho al de los pueblos francés, inglés o alemán? Pero cada vez que salgo de España, cada vez que me asomo al mundo y veo el contraste violento entre la vitalidad española, entre la fuerza y el empuje de España, y la entrega, el acomodamiento a lo constituido de los demás hombres y de los demás pueblos, veo que España, con todos nuestros defectos, con nuestra incultura, con nuestra pobreza material y espiritual, es un pueblo de empuje, de impulso.

Decía el otro día y lo repito hoy: las montañas sólo las vemos grandes cuando estamos lejos de

ellas; los árboles nos impiden siempre ver el bosque; pero cuando nos alejamos, es cuando vemos la inmensidad de una montaña, cuando contemplamos la majestuosidad de un Himalaya. España, de cerca, vista desde aquí, la vemos pequeña; hay que verla desde otros pueblos, a distancia, con sus sacrificios y sus grandezas. Un país inacabado, pero que es cantera magnífica, de la que van desprendiéndose y cada día se desprenderán mejores productos; un país que halla su fuerza, su impulso, en la tierra misma; un país predestinado para la libertad y que no podrá verse jamás sometido a la esclavitud.

Definía Napoleón a España como una piel de buey, y decía: «Cuando la tengo aplastada por un lado, se levanta por otro». Y así ha sido. Cuando no en Andalucía, en Cataluña, en Asturias, en Vizcaya, hasta en la más modesta y miserable de sus regiones.

**Contra la confabulación internacional, camaradas:
¡hay que vencer!**

De ahí arranca mi inmensa confianza en España; pero eso no quiere decir que nos durmamos sobre los laureles. ¡Si fuéramos vencidos! No quiero hablar del horror que fue la represión de octubre en España, de lo que ha sido la entrada de los facciosos en Badajoz, pongo por caso, en cuya Plaza de Toros, con una ametralladora, se fusiló a 1.500 obreros ante los burgueses, los aristócratas, los funcionarios vinculados a la causa de Franco, entre risotadas. El espectáculo revive los horrores de los circos romanos en que morían los cristianos devorados por las fieras. Os he hablado de lo que fue la Commune, y esa sería la represión de la revolución española, entre aullidos formidables, surgidos de todos, absolutamente de todos los países capitalistas, como en octubre la plutocracia jaleaba a los verdugos y les incitaba a verter más sangre. Todos gritarían contra los revolucionarios, y dirían: «No hay que tener piedad con ese país que ha intentado correr demasiado, que quiso dañar nuestros privilegios de clase». Eso, por orgullo, por sentimiento de dignidad, no puede ser. España lo impedirá. ¿De qué manera? Como sea, camaradas, deferdiándonos con las uñas y con los dientes, formando la unidad, el contacto de codos preciso para que seamos un bloque indestructible.

Después dilucidaremos nuestros conflictos, discutiremos quien tiene más razón de todos, pero primero la unidad elemental, la primaria, la establecida por los animales en peligro, y siempre en el sentido constructivo que jalona la obra del hombre, dejando huellas, dejando rastro, diciendo: «Por aquí hemos pasado, porque hemos hecho esto».

Voy a terminar, camaradas, porque estoy muy cansada. Voy a terminar con una recomendación única a todos vosotros. Yo hablo siempre con sinceridad,

yo no engaño a nadie. Si alguna vez engañara, sería yo la primera engañada, y de todo lo que he dicho, de esa lección del pasado que he intentado hacer desfilar ante vuestros ojos, sacad una sola enseñanza. Pensad que os lo digo con el fin de contribuir, en la medida de mis fuerzas, al triunfo sobre un enemigo internacional y poderoso. Para contribuir a la obra revolucionaria y constructiva que ha de hacerse.

Cuando veo de qué manera vienen a España los hombres mejores de otros países, la «élite» espiritual, los elegidos de cada pueblo, las individualidades conscientes que vienen a España a prestarnos su esfuerzo y a morir y vencer junto a nosotros, aun cuando no fuese más que por eso: para pagar de alguna manera el sacrificio, para corresponder a la fe, a la confianza que en nosotros ponen esos hombres, pienso que debemos ser dignos de ellos, de ese esfuerzo, de esa sangre generosa mezclada, al derramarse, con la nuestra.

La suerte del mundo la decide nuestra revolución

Pero, además, hay una causa mundial vinculada a la nuestra. La Commune vencida, fue la represión en todo el mundo. La revolución española, vencida, sería el principio del fin de una reacción internacional en Europa y América. El fascismo se extendería como una mancha de aceite. España en poder del fascismo sería el preludio de una Francia también fascista, sería el fascismo universal, el Estado totalitario dueño absoluto de los destinos del mundo. Y las ideas de democracia, y todo lo que representaron la revolución francesa, la Commune de París, la revolución rusa, destruido por mucho tiempo. De nuevo, el esfuerzo trabajoso, de nuevo las minorías que luchan y que mueren, las masas sojuzgadas, y las conquistas elementales de los trabajadores anuladas, destruidas. ¿Comprendéis esto, camaradas? No luchamos sólo por nosotros. No es nuestra vida, nuestro derecho solamente lo que está en litigio; está en litigio el propio porvenir del mundo. Triunfante la revolución en España, el fascismo vencido en España, es una puñalada de muerte asestada al fascismo internacional, es la revolución que comienza en todo el mundo. Nosotros vencidos, triunfante el fascismo, es la represión universal, es la reacción triunfante, es el fin de la democracia y del socialismo, es la propia Rusia en peligro, es todo, absolutamente todo perdido. Todo eso representamos nosotros. De un lado, la libertad y el progreso; de otro, el Estado anulando la personalidad humana, destruyendo sus conquistas, la obra de civilización de muchos siglos.

¡Luchemos hasta morir! Luchemos hasta caer rendidos, pensando que no luchamos por nosotros, por España solamente; que luchamos por el mundo entero, por el mañana de nuestros hijos, por la libertad de los pueblos y por nuestra dignidad de hombres.

PALABRAS Y FRASES

PRIMERA SERIE ⁽¹⁾

Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

ACUERDOS

Si examinamos la historia de las luchas obreras y la vida diaria de todas sus asociaciones, nos damos cuenta de que, conscientes de sus derechos — equivalentes a sus deberes — los trabajadores se han atrevido a todo y con todos.

Hoy nos llevamos chasco, por ejemplo, de que tras haber gritado tantos años «¡Abajo las fronteras y abajo el sistema de economía proteccionista!», nos llevamos chasco, repito, de que los campesinos protesten contra el libre paso de mercancías por las fronteras, tal ocurre con el vino y con las hortalizas; idem con algunos productos industriales.

Sin embargo, por la historia nos damos cuenta de que ese problema, con características más o menos acentuadas, ha existido siempre.

Ahí tenemos si no, el Congreso celebrado en Castro del Rio en octubre de 1918.

Acuerdo un tanto desacertado por cuanto refleja un principio falso, e indirectamente reconoce y acepta el régimen capitalista que nos gobierna:

«Se acuerda, dicen las actas, que no exceda de ocho horas la jornada en las fábricas aceiteras, excepto en las de viga y en aquellas en donde la maquinaria no pudiera elaborar más de 15 fanegas.»

Es decir, aquellos sindicalistas tomaron un acuerdo mediante el cual se sacraliza el sistema capitalista de productividad y se somete la jornada de trabajo, no a los derechos del obrero, sino a las posibilidades productoras de la máquina.

Otro acuerdo, que hoy los traba-

jadores de la CNT no aceptamos, es el que relacionado con el empleo de los obreros, el Congreso decide que mientras haya un obrero parado, no debe dársele trabajo a ningún forastero.

Después de adoptado, con toda seguridad, los congresistas se separaron a sus lares entonando el himno de la Internacional.

Y para colmo de desdicha, una cláusula del acuerdo estipulaba que «del pueblo son — además de todo lo que reza en el catastro, todas las fincas que los del pueblo posean en otros municipios.» Claro que pronto se dieron cuenta del resbalón que se cometía y reaccionaron a los siete días para volver a reunirse y anular el desgraciado acuerdo.

A este acuerdo se le podría llamar de monopolio de trabajo, o si se admite la palabra práctica del proteccionismo, algo así como un neomalthusianismo social que ennoblece muy poco a los que lo ponen en marcha.

Acordó la abolición del destajo.

Acordaron también expropiar a todos los que poseyeran más de 100 h. de tierra.

Otro desacuerdo fue el acuerdo solicitando al Estado una subvención en favor de los organismos obreros.

Al pedir dinero al Estado los obreros reforzaban la posición de los gobernantes en lo que a subvencionar a la Iglesia se trataba. Reclamando dinero se prohíbe cualquier queja porque a otros les den. Esto es evidente.

Acuerdo nefasto también fue el que concierne a la instalación de los comités paritarios.

Para que cada vela se aguante en su palo diremos que estos acuerdos fueron propuestos, defendidos y adoptados por los gremios que poco después se pasaron sin careta alguna al PSOE.

Desde luego esos «desacuerdos» son poca cosa al lado del que fue adoptado en el Pleno nacional de Regionales CNT del 16 al 30 de octubre 1938.

En este Pleno se adoptaron acuerdos en donde no hay pelos por donde cogerlos. Me refiero al que parió el «Comité de Enlace del Movimiento Libertario».

En el primer párrafo se crea el Comité; con el segundo se limitan los derechos del hombre libertario, pues en él se estipula: «que estará compuesto por seis caracterizados y solventes militantes» (El subrayado es nuestro).

Esos dos adjetivos que, por serlo, son los enemigos del sustantivo, ¿no anulan *per se* la calidad innata del militante obrero?

En el tercer párrafo se somete cada una de las tres organizaciones que componen el movimiento a la voluntad del comité ese.

En el séptimo, la autoridad otorgada va in crescendo.

En fin, tiene 8 artículos con los cuales la personalidad de la CNT y la FAI se quedaban a merced de lo decidido por esos seis militantes caracterizados y solventes.

Acuerdo de granujas fue también el adoptado en las Conferencias comarcales de 1877.

He aquí una muestra:

«Los acuerdos de las conferencias mientras no sean rechazados por la mayoría de las FF. LL. son obligatorios para todos.»

Felizmente se han hecho grandes progresos y ahora casi siempre los acuerdos de una conferencia no suelen entrar en vigor hasta que no han sido refrendados por la base, es decir por la mayoría de FF. LL.

Otro acuerdo de poquísima trascendencia y de muchas querellas entre los hombres de un mismo ideal fue el presentado por Constanancio Ro-

(1) El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.

mero al Congreso de El Ferrol, mayo de 1915.

Congreso clandestino porque el ministro de la Gobernación, Eduardo Dato, negó a la CNT los derechos que le otorgaba la ley de asociaciones.

Recordaremos que este Dato murió después en un atentado. Tras cuyo hecho 20 millones de pechos obreros respiraron a pleno pulmón y como diciendo «¿murió el tunante?, la aurora despierta».

..

Acuerdo trascendental es el tomado en el Congreso de Campesinos de Levante, del 23 al 25 de julio de 1922; tiene relación con el comunismo libertario, con la distribución de la tierra y con la organización de trabajo.

..

Acuerdo que ha sellado siempre el carácter confederal fue el adoptado en el Congreso de Sans de 1918.

Veámoslo:

No pueden pertenecer a la CNT las entidades que no acepten en toda su extensión la acción directa.

Fue enmendado después, pero como en espíritu no cambió, nada varió el aspecto ni la conducta.

..

Acuerdo ejemplar fue también el que se tomó durante el Congreso celebrado en Castellón de la Plana el 7-12-1922, referente al «Frente Único».

Concretamente nos dice que para hacer un «frente único», para formar una alianza se necesita sobre todo que haya ambiente propicio.

No se puede crear una alianza entre organismos si no se ha creado de antemano ambiente adecuado y este aspecto, que es elemental en su género, no siempre se ha tenido en cuenta cuando la CNT ha hecho alianzas, frentes o ramificaciones. Deseamos, y es de esperar que en lo sucesivo se reconsidere el congreso en cuestión y el acuerdo.

..

Sobre dualidad orgánica, un acuerdo muy importante nos han legado los delegados que asistieron al Congreso obrero nacional celebrado en el Palacio de Bellas Artes. Este es el comicio que dio a luz a la CNT. Por

eso se le apellida «Congreso constitutivo».

..

Incomprensible es el acuerdo, también de 1918, según el cual «para llevar a la práctica acuerdos de los congresos, el Comité nacional deberá oír la opinión de las secciones confederadas».

Al leer este acuerdo uno se pregunta si las secciones ya dan su opinión en los congresos, ¿por qué habrán de solicitarla para poner en práctica lo decidido?

Refrendar los acuerdos por la base sólo puede justificarse ante los tres casos siguientes:

1º Que el congreso esté dividido, sin que pueda distinguirse una mayoría, o sea, sin que nadie sea mayoritario.

2º Ante resoluciones que no responden a temas estudiados por la base a través del orden del día.

3º Ante casos extremados surgidos durante el tiempo de preparación, discusión y celebración del comicio.

..

La estructuración orgánica es el acuerdo de este mismo congreso vis a vis de la junta (S. I. decimos ahora) y de sus atribuciones.

Los acuerdos en materia de representación y nombramientos los encontramos bastante acertados en los temas 19 y 22.

Acuerdo:

No se trabajarán horas extraordinarias bajo ningún concepto.

Yo digo ¡bravo!, pero no ha sido respetado.

Otro aspecto muy importante sobre el cual en este congreso se adopta un acuerdo: se trata de la creación de Sindicatos únicos.

Hoy para hablar de este tema por el revés se suele decir pluralidad sindical.

Acuerdo caluroso fue también el adoptado respecto a enseñanza. Solamente para Barcelona se decide abrir cinco escuelas unitarias y una graduada más un ateneo.

El problema insoluble consistió en encontrar fondos para subvencionar el plan.

En el tema 7 se lee:

«En las luchas entre el capital y el trabajo los sindicatos adheridos a la Confederación están obligados a ejercer de modo preferente el sistema de acción directa.»

Comprobará el lector que este redactado sobre acción directa es un galimatías: Eso de «los sindicatos están obligados» queda anulado por eso otro «de modo preferente». Al decir «de modo preferente» admite que existen dos sistemas y que se admiten los dos, pero «de modo preferente» se ejercerá el de acción directa.

O sea, una de cal y otra de arena.

..

Sobre representatividad (temas 19 y 22) reza:

Los políticos profesionales no podrán representar nunca a las organizaciones obreras y éstas procurarán no domiciliarse en ningún centro político.

Y aquí tenemos otro acuerdo que cojea.

El hecho que diga «procurarán» indica que no se eliminaba radicalmente la posibilidad de que unos y otros se instalaran bajo el mismo techo.

Idem diremos de la calidad «profesional» que debe exigirse a los políticos para que no pudiera dárseles representatividad.

..

Muchos de los acuerdos adoptados en los primeros comicios se encuentran repetidos en todos los celebrados.

Uno de éstos, con lo infantil que es, guarda relación con el sistema de voto, incluso en el de nombramientos para cargos y atributos de los que los ejercen.

Idem en lo que respecta a delegados.

Esto se discutió a fondo el año 1918 y se continúa discutiendo el año 1971.

Muy importantes y variados son los acuerdos relativos a la potestad de los comicios. Los clásicos se llaman Congreso o Pleno; existe también la conferencia y la plenaria.

Nos ocuparemos especialmente de cada uno cuando les toque la tanda.

En los últimos tiempos han salido a relucir otros denominativos de menos valor asociativo pero a los cuales hubo partidarios de darles potestad casi congresal.

Nos referimos a «coloquios», «reunión de militantes», etc.

En varios casos los hechos han contravertido a las palabras pero en

general cunde la idea entre los confederales de que los acuerdos de un congreso no pueden ser rectificables por un pleno.

Hay más. En el Congreso de 1918 reza sobre el particular, un párrafo que dice: «Porque lo que se acepta en un congreso no puede ser rechazado por otro congreso.»

Barbaridad que sólo pudo escribirse por inadvertencia. Para darles a las cosas carácter vitalicio sólo los dioses podrán hacerlo. Sobre todo cuando se sabe y se admitió una opinión del Comité nacional emitida en el Congreso de Zaragoza 1936, según la cual «por encima de lo escrito está el interés colectivo».

Aceptada esta opinión, cualquier C. Na. podrá coger los acuerdos, hacer de ellos un sayo y del sayo una capa.

Y, ya sabéis la virtud de una capa..., que todo lo tapa.

Puede admitirse que haya cierta flexibilidad en cuanto a interpretación de acuerdos, incluso excepcionalmente admitimos que haya acuerdos nefastos, pero es mucho más riesgo el admitir la «razón de los intereses» tan semejante en este caso concreto a la «razón de Estado» de los gobiernos cuando quieren atropellar la marcha normal de la sociedad.

El cáncer mayor de los congresos lo refleja una intervención que las delegaciones andaluzas hacen al empezar la décimocuarta sesión del Congreso de Zaragoza.

Dice así: «Vista la forma un tanto anormal de discutir que determina que los acuerdos se adopten por *cansancio*...»

Ante este mal ¿qué valor darles a los acuerdos y cómo clasificar a los adoptados buenamente y a los que son producto del cansancio?

En todo caso el cansancio es un arma y un crimen de lesa sociedad. En periodos de apasionamiento entre hombres del mismo carnet el cansancio ha sido utilizado no como con-

secuencia lógica sino por decisión tomada a priori o por obediencia a una consigna.

Ocurrió el año 1945. Varias fueron las cartas que lo comprueban en las que el sector escindido aconsejaba de ganar las asambleas y los asambleístas por cansancio.

Casos concretos ha habido de incumplimiento de acuerdos. En defensa de tales incumplimientos ha habido muchas ideas, pero las más *palabreadas* han sido: *los intereses generales* (especie de razón de Estado, ya lo hemos dicho) y las circunstancias.

Pasó un periodo en que igual que ahora se habla de *Mao* se hablaba entonces de las circunstancias.

Y muchos hubo que al no cumplir acuerdos ni responder a compromisos morales se escudaban tras «somos hijos de las circunstancias».

La delegación de Zaragoza al Congreso del 36, como alguien les reprochaba a los confederales zaragozanos su participación en las elecciones políticas, la delegación acusada respondió que no había que olvidar «que éramos hijos de las circunstancias.»

Ortega y Gasset también hizo de las circunstancias un tema filosófico.

Y Alalz, a raíz de las *circunstancias* que invocaban en el año 1945 los que prefirieron seguir al gobierno que continuar en la CNT, supo también escribir unos artículos muy sabrosos que iniciaron doctrina bajo el título de «circunstancialismo permanente.»

Acuerdo vital, que tan cerca está de mortal, es el adoptado en materia de alianzas. Grave e importante — incluso allí donde aparece frágil y aleatorio — es el acuerdo sobre «concepto confederal del comunismo libertario». Ya lo analizaremos en su turno.

Peligroso el sistema de Conferencia del estilo de la celebrada en 1947. En

muchos aspectos, sin acuerdos de la base orgánica se atrevió a demasiadas cosas.

En el congreso celebrado en 1960 se llegó a la cuarta sesión y ¿cuál pudo ser el comportamiento de los delegados para que el secretario general haya dejado en las actas «tenemos la impresión de que ahora se empieza a razonar?»

Una de dos: o no razonaban los delegados al congreso o no razonaba el secretario general.

No obstante, con razón o sin ella, buena o mala intención — convencidos estamos de que la intención era de las que pavimentan el infierno — la intervención del secretario general permitió que cada delegado sintiera algo así como una patada en la espina que cuyo dolor no le dejaba razonar.

En este congreso de 1960 hubo un acuerdo que por lo atrevido vale una mención. Nos referimos al que ratificando el de 1952 sobre pactos agrega: «De no haber posibilidad de establecer pacto unilateral debemos propiciar el pacto bilateral correspondiente, etc.»

Por aquel entonces eso de unilateral y bilateral se utilizaba en la prensa burguesa cada día y en la pantalla estaba muy en boga «Lo que el viento se llevó».

(Continuará.)

Rectificación

En el número 196 de esta revista, al pergeñar lo referente a «Acción Social Obrera», decíamos haber sido Fontaura director del mismo.

Lo decíamos porque así reza en una de nuestras informaciones. No obstante, de parte interesada se nos aclara que Fontaura sólo era un redactor que se ocupaba del artículo de fondo, pero no tuvo función de director.

Pedro Kropotkin, un hombre y un sabio

EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE
8 FEBRERO 1921 - 8 FEBRERO 1971

II

En estos sentimientos e instintos reside el origen de la moral humana o sea el conjunto de sentimientos morales, concepciones y representaciones que en último término se transforman en lo que es regla fundamental de todas las disciplinas morales: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti». Kropotkin cree además que entre los elementos fundamentales de la moral, junto con el sentimiento de la ayuda mutua y el concepto de la justicia, hay todavía algo más, que los hombres llaman magnanimidad, resignación o espíritu de sacrificio. Revolucionario y realista, Kropotkin consideraba la ética no como una ciencia abstracta sobre la conducta humana, sino que veía ante todo en ella una disciplina científica concreta que tiene por finalidad guiar a los hombres en sus actividades prácticas. Veía que no bastaba llamarse revolucionario o comunista para tener un sólido fundamento moral y que la mayoría de los que así se llaman carecen de una idea moral directora, de un ideal de moral elevado. Solía decir Kropotkin que la falta de este ideal moral elevado era tal vez la causa por la cual la revolución rusa se mostraba impotente para crear un nuevo régimen social sobre las bases de la justicia y de la libertad y propagar a los demás pueblos la llama revolucionaria, como ocurrió en la época de la gran revolución francesa de 1848. Hablando de las prisiones nos dice este prestigioso sociólogo lo siguiente: «Cuando la revolución haya completamente modificado las relaciones del capital y del

trabajo; cuando no haya ociosos y todos trabajemos, según nuestras inclinaciones, en provecho de la comunidad; cuando el niño haya sido enseñado a trabajar con sus brazos, a amar al trabajo manual, mientras su cerebro y su corazón adquieran el normal desarrollo, no necesitaremos ni prisiones, ni verdugos, ni jueces. El hombre es un resultado del medio en que crece y pasa la vida.»

En una carta dirigida al mártir Francisco Ferrer Guardia, fusilado por los representantes de la Inquisición por haber fundado la Escuela Moderna y haber sido el primero en proclamar la libertad del niño y desear para él los mejores auspicios por la acción de la enseñanza racionalista, Kropotkin le dice lo que sigue:

«Querido señor don Francisco Ferrer: Veo con placer que lanza usted a la publicidad «La Escuela Renovada» y siento no poder dedicar a esta publicación todo el apoyo que deseo prestarle.

«Todo está por hacer en la escuela actual. Ante todo la educación propiamente dicha, es decir, la formación del ser moral, o sea el individuo activo, lleno de iniciativa, emprendedor, valiente, libre de esa timidez del pensamiento que caracteriza al hombre educado en nuestra época, — y al mismo tiempo, social, igualitario, de instinto comunista, y capaz de sentir su unidad con todos los hombres del universo entero, y, por tanto, despojado de las preocupaciones religiosas, estrictamente individualistas, autoritarias, etc. que nos inculca la escuela.

«En todo esto, no hay duda de

que la obra de la escuela más perfecta, será dificultada siempre; mientras la familia y la sociedad obren en direcciones opuestas; pero la escuela ha de reaccionar contra esos dos factores. Y puede hacerlo, por la influencia personal de los que enseñan y por el modo de enseñar.

«Para esto se necesita evidentemente crear poco a poco exposiciones de todas las ciencias: concretas, en lugar de los tratados metafísicos actuales, sociológicos — asociacionistas, permítaseme la palabra —, en lugar de individualistas; y de los tratados «populistas», hechos desde el punto de vista del pueblo, en lugar del punto de vista de las clases acomodadas, que domina en toda la ciencia actual y sobre todo de los libros de enseñanza.

«Respecto de la historia y de la economía social, es evidente, nadie lo duda. Pero lo mismo sucede respecto de todas las ciencias: la biología, la fisiología de los seres vivientes en general, la psicología y hasta respecto de las ciencias físicas y matemáticas. Tómese, por ejemplo, la astronomía ¡qué diferencia cuando se enseña desde el punto de vista geocéntrico, de la que resulta concebida y enseñada desde el heliocéntrico, y de lo que será enseñada desde el punto de vista de los infinitamente pequeños que recorren los espacios, cuyos choques en números infinitos producen a la larga las armonías celestes! O bien tómense las matemáticas cuando se enseñan como simples deducciones lógicas de signos que han perdido su sentido original y no son más que signos tratados como entidades, y cuando se

enseñan como expresiones simplificadas de hechos que son la vida infinita e infinitamente variada de la misma naturaleza. Jamás olvidaré la manera con que nuestro gran matemático Tchebycheff nos enseñaba en la Universidad de San Petersburg el cálculo integral. Sus integrales, cuando al escribir los signos convenidos decía: «Si tomamos, en tales límites, la suma de todas las variaciones infinitamente pequeñas que pueden sufrir las tres dimensiones de tal cuerpo físico, bajo la influencia de tales fuerzas» —, cuando hablaba así sus integrales eran **signos vivos de cosas vivas en la naturaleza**; mientras que para otros profesores esos mismos signos eran materia muerta, metafísica y carecían de todo sentido real.

«Ahora bien, la enseñanza de todas las ciencias, desde las más abstractas hasta las ciencias sociológicas y económicas y la psicología fisiológica del individuo y de las multitudes exige ser reconstruida para ponerse al nivel de lo que impone ya la misma ciencia actual.

«Las ciencias han progresado de una manera inmensa durante el último siglo, pero la enseñanza de esas ciencias no ha seguido el mismo desarrollo.

«Ha de marchar al mismo paso, y esto de una parte para que la instrucción no sea un obstáculo al desarrollo del individuo, y también porque el ciclo de la instrucción necesaria en este momento se ha ensanchado de tal modo, que con el esfuerzo de todos es preciso elaborar los métodos que permitan la **economía** de las fuerzas y de tiempo necesarios para conseguir en la actualidad. En otro tiempo, los que se dedicaban a una carrera de cura, de sabio o de gobernante, eran los que estudiaban, y no reparaban en emplear en sus estudios diez o quince años. Ahora todo el mundo quiere estudiar, desea saber, y el productor de las riquezas, el obrero, es el primero que lo exige para sí. Pues sí, puede estudiar, debe saber.

«No debe quedar un solo ser humano a quien el saber — no el semi-saber superficial, sino el

verdadero saber — se le niegue por falta de tiempo.

«Hoy, gracias a los progresos inauditos del siglo XIX, podemos producir todo, todo lo necesario para asegurar el bienestar a todos. Y al mismo tiempo podemos dar a todos el goce del verdadero saber.

«Mas para esto han de reformarse los métodos de enseñanza.

«En nuestra escuela actual, formada para hacer la aristocracia del saber, y dirigida hasta el presente por esa aristocracia bajo la vigilancia de los clérigos, el derroche del tiempo es colosal, absurdo. En las escuelas secundarias inglesas, al tiempo reservado para la enseñanza de las matemáticas se le cargan **dos años** para los ejercicios sobre la transformación de las **yards, perches, poles, miles, bushels** y otras medidas inglesas. En todas partes la historia en la escuela es tiempo absolutamente perdido para aprender nombres, leyes incomprensibles para los niños, guerras, mentiras convencionales... Y en cada ramo, el derroche del tiempo alcanza **proporciones vergonzosas**.

«En último término habrá que recurrir a la **enseñanza integral**; a la enseñanza que por el ejercicio de la mano sobre la madera, la piedra y los metales habla al cerebro y le ayuda a desarrollarse. Se llegará a enseñar a todos **el fundamento de todos los oficios lo mismo que todas las máquinas**, trabajando (según ciertos sistemas, ya elaborados), sobre el banco y el tornillo, modelando la materia bruta, haciendo por sí mismo las partes fundamentales de todas las cosas y máquinas, lo mismo que las máquinas sencillas y las transmisiones de la fuerza a que se reducen todas las máquinas.

«Se deberá llegar a la **integración** del trabajo manual con el trabajo cerebral que predicaban ya el obrero y la Internacional, y que se realiza ya en algunas escuelas, sobre todo en los Estados Unidos, y entonces se verá la inmensa economía de tiempo que se realizará con los jóvenes cerebros, desarrollados a la vez por el trabajo de la mano y el del pensamiento. De ese modo, en cuanto se piense seriamente

en ello, se hallará el medio de economizar el tiempo en toda la enseñanza.

«El campo de cultivo en la enseñanza es tan extenso, que se necesita el concurso de todas las inteligencias libres de las brumas del pasado inclinadas hacia el porvenir, todos hallarán en él una tarea que realizar.

«Mis más vehementes deseos de éxito a «La Escuela Renovada». Saludo fraternal. — **Pedro Kropotkin.**»

Continuando exponiendo sin causarnos ninguna clase de fatiga los elementales y prolíficos pensamientos del sabio Kropotkin, que tanto bien nos causan en nuestras fibras sentimentales, pasaremos ahora a su moral anarquista, extrayendo algunos fragmentos importantes a la causa del niño: «El espíritu del niño es tan débil, es tan fácil de ser sometido por medio del terror... Y de esa debilidad hacen su medio. Tórnanle miedoso, y en seguida le hablan de los tormentos del infierno, haciéndole ver los sufrimientos del alma condenada, la venganza de un Dios implacable. Un momento después le hablarán de los horrores de la revolución, explotarán una violencia de los revolucionarios para hacer de él un «amigo del orden». El religioso le acostumbrará a la idea de la **ley**, a fin de que sea más obediente a la ley del código. Y el pensamiento de la siguiente generación tomará ese pliegue religioso, ese pliegue autoritario y servil al mismo tiempo (autoridad y servilismo van siempre de la mano), por aquella costumbre de sumisión que demasiado conocemos de tanto verla en nuestros contemporáneos.

En esos periodos de sueño, pocas veces discútense cuestiones de moral. Las prácticas religiosas y la hipocresía judicial ocupan el tiempo. No se critica; se deja uno llevar por la costumbre, por la indiferencia. No se apasiona uno ni en pro ni en contra la moral establecida. Se hace lo que se puede para acomodar exteriormente los actos con lo que se dice profesa uno. Y el nivel moral de la sociedad cae más cada vez. Se llega a la moral de los romanos de la decadencia, del

antiguo régimen, del fin del régimen burgués.

Todo lo que había de bueno, de generoso, de independiente, en el hombre, se enmohece poco a poco, cual cuchillo que no se usa. La mentira se torna virtud; la bajeza un deber. Enriquecerse, gozar, agotar la inteligencia, el ardor, la energía, no importa cómo, tórnase la consigna de las clases acomodadas, así como de la multitud de seres pobres cuyo ideal es parecer burgueses. Entonces la depravación de los gobernantes — del juez, del clérigo y de las clases más o menos acomodadas — hácese tan insoportable, que comienza la otra oscilación del péndulo.

La juventud se emancipa poco a poco, rechaza los prejuicios, y otra vez vuelve la crítica. Despierta el pensamiento, en pocos al principio, pero insensiblemente van abriendo los ojos los demás. Prodúcese el impulso, surge la revolución...

Kropotkin gozó durante su vida de gran respeto y popularidad, nos lo dice Fritz Brupbacher con estas palabras: «Supimos que Pedro Kropotkin gozaba entonces de una gran popularidad en los medios de extrema izquierda. Todos habíamos leído sus «Memorias de un revolucionario» y sabíamos que era el hijo de un príncipe ruso, rico propietario de tierras. En su juventud fue paje en la corte, bajo el reino del emperador Alejandro II, que los revolucionarios asesinarían más tarde. Kropotkin, que hizo sus estudios universitarios, se volvió geógrafo, oficial y revolucionario. Encarcelado, se evadió después de dos años de detención y se fue al extranjero, sus bienes habiendo sido confiscados en Rusia, vivía únicamente de su pluma. Durante mucho tiempo publicó una revista revolucionaria y era el autor de varios trabajos que habían entusiasmado nuestra generación. A diferencia de los marxistas, era un socialista amante de la libertad y reivindicaba el título de anarquista. Obró sobre mí por su visión optimista de la naturaleza humana. Era un hombre extraordinariamente vivo y era de esos temperamentos sanguíneos, dando fácilmente libre curso a su furor

cuando alguno o alguna cosa le desagradaba. Gran entusiasta, tenía la pasión de las ideas. Al mismo tiempo muy intolerante, casi como un marxista. Naturaleza eminentemente afectiva. Muchos de sus amigos le llamaban un poeta político. Lo que es cierto es que ejercía sobre nosotros un innegable ascendiente. Sobre todo por vía de la imaginación, pues era en esa época casi el único socialista a quien se oyera suscitar la representación soñada de la ciudad futura. Ante Kropotkin y Guillaume tuve por primera vez en mi vida la sensación de hallarme en presencia de revolucionarios auténticos. Es cierto, ya había conocido a numerosos miembros de la Segunda Internacional, pero nunca me sentí cerca de ellos. Eran ciertamente buenas personas pero muy poco diferentes a los burgueses que había conocido antes de ponerme en camino de la tierra prometida.»

«Dadle una partícula de autocracia al hombre y lo habréis corrompido», decía Kropotkin, y en efecto, es una realidad muy palpable e indiscutible, el poder pervierte, deshumaniza y degenera a todo hombre que lo ejerza y las mayores injusticias siempre fueron llevadas a cabo por los «soi-disant» defensores del orden que detentan el poder apoyados por la fuerza armada y la policía.

Con Eliseo Reclus, el gran geógrafo francés, y Juan Grave, publicó tres prestigiosas publicaciones anarquistas que dieron empuje grandioso al anarquismo en aquel tiempo. Estas tres revistas se titulaban: «El Rebelde» (Le Révolté), «La Rebelión» (La Révolte), y «Tiempos Nuevos» (Les Temps Nouveaux).

Oscar Wilde dijo «que la vida de Kropotkin en sí misma era una grandeza humana que se encuentra raramente. Habría sido una gran vida, aunque no hubiera escrito una línea. En ella estaba lo seductor de su personalidad de gran envergadura, el encanto interior de todo su ser.»

Rodolfo Rocker, el gran anarquista alemán, amigo de Max Nettlau, el Herodoto de la anarquía, que conoció personalmente

a Kropotkin durante su estancia forzada en Londres, nos traza con pluma precisa lo que sigue: «Todos los que entraron en contacto íntimo con él, quedaron dominados por el mismo hechizo. No había en esa vida nada artificioso, nada que estuviese calculado para los efectismos externos. Kropotkin estaba provisto de ricos tesoros, pero el tesoro más grande era su rica personalidad, la sencilla grandeza y la pureza de su carácter, la distinción de sus convicciones, que ni el adversario más encarnizado de sus opiniones podía dejar de respetar. Kropotkin no sólo era uno de los más grandes pensadores de su tiempo, sino que se había adelantado mucho a su época y reconoció las conexiones internas de la cultura humana mejor y más profundamente que la mayor parte de sus contemporáneos. Sus vastísimos conocimientos como geógrafo, historiador, economista y filósofo social eran asombrosos y le capacitaban para la redacción de una cantidad de obras cuyo valor será imperecedero.»

Para terminar diremos que el sabio Pedro Kropotkin sembró por sus anchos caminos la simiente anarquista que va brotando todos los días con más vigor y un ejemplo de ello es la inmensa cantidad de libros anarquistas que van apareciendo tratando sobre esas tendencias que tanto predicara ese eminente sabio con estas palabras: «Siembra la vida a tu alrededor. Nota que engañar, mentir, intrigar, es envilecerte, reconocerte débil de artemano, es obrar como esclavo del harem, que se siente inferior a su amo. Hazlo si te agrada, mas sabe de antemano que en tal caso la humanidad te considerará pequeño, mezquino, débil, y te tratará como a un ser digno de compasión, sólo compasión. No te quejes a la humanidad, pues tu serás, si de aquella manera obras, quien paralice tu fuerza de acción. Sé fuerte, por el contrario, y en cuanto veas una iniquidad y la comprendas, — una iniquidad en la vida, una mentira en la ciencia, o un sufrimiento impuesto por otro, — rebélate contra la iniquidad, la mentira o la injusticia. ¡Lucha! La lucha es

Comentarios

por ABARRATEGUI

AMANECER. — Amanece cada día. Esta es la gran esperanza del hombre. Pero quien no vive la realidad presente no puede gozar del albor que se anuncia en su alma y que la aparición del día tipifica. A cada noche le ha sido prometida un alba. Si es fundamental ser libre para vencer todo delito y anular toda forma de error, preciso es recordar que no es libre quien no ama al hombre para proponerle su dignificación. El Amor no es un deseo y gesto sensorial, raíz de pasión, sino una manifestación de la vida pura que nos induce a condicionar nuestras capacidades a la redención de seres llamados a ser hermanos, pero que no lo son por estar sometidos a las leyes negativas, mortíferas, del ego. El Amor no combate con más arma que la luz que imparte la Sabiduría y su principal característica es la actividad permanente. Nadie es llamado a caer, ni a ser físicamente herido en tal combate, sino a ser alzado a planos de mayor elevación: espiritual. No obstante, y es lo que ocurre con frecuencia, alguien cae ensangrentando el suelo que pisa. Si la pelea del Amor es legítima, es el Justo quien la derrama, aunque no procuró otra cosa que preservar la vida íntegra de quienes a

causa del odio matan, para mantener sujetos perpetuamente a los esclavos que les vendió la ignorancia.

UN NUEVO TIPO DE OBRERO. — A Severino Campos. — No es utópica, sino plausible, necesaria y urgente la creación de un nuevo tipo humano de obrero, porque si esto, como en verdad resulta, es lo que temen y a lo que se oponen los defensores de la explotación y de la opresión, señal bien clara resulta que, intuitivamente, explotadores y opresores conocen cual sea la meta a la que el obrero debe tender para hacer fructíferas sus reivindicaciones. Mayor enemigo que el patrón, el obrero lo es de sí mismo, si olvida o ignora su misión de hombre, antes que la de obrero; si se produce rutinariamente, siervo de su credulidad tradicional, de creencias que no alumbraron sino que encallecieron su razón, desconocedor de la vocación de su vida, de sus luchas y lícitas aspiraciones espirituales. ¿Los triunfos materiales obtenidos por los obreros en sus luchas sociales han creado acaso el tipo ideal del trabajador? El obrero llamado a la noble pelea de la vida, ha de adquirir conciencia de sus necesidades vita-

les, que no son las relativas a la vida física, sino, en primer lugar, a la vida moral. Es lícita toda adquisición que no haya menoscabado su integridad. Si en el precio de un bien material cualquiera va incluida una aparente brizna de deshonor o indignidad, mejor le hubiera sido carecer de ese y otros bienes.

Tema el obrero a su inclinación de ser siervo, no a causa de la voracidad de «los de arriba», sino a causa de su propia voracidad, adormecida ante la falta de recursos, pero dispuesta a despertar y desarrollarse en la primera y mínima oportunidad. El obrero consciente de sus legítimas necesidades no se convertirá jamás en el patrón que antes aborreció. Un obrero que ama no es instrumento servil del patrón, sino instrumento de la vida, y no se inclina más que a su conciencia y razón dignificadas, y a la conservación del equilibrio interior. Cuando el obrero se decida a luchar contra sus personales intereses e insaciables apetitos, contra toda forma de ignorancia, personal y luego colectiva, contra sus extraños prejuicios, falsos conceptos de la vida, temores ocultos, secretas ambiciones, etc., habrá dado un gran paso hacia la consecución

vida. Y entonces habrás vivido. Y ten presente que por algunos días de esta vida, darías años de vegetación en la podredumbre del pantano.

»Lucha para permitir que todos vivan esta vida rica y desbordante, y está seguro de que hallarás en esta lucha goces tan grandiosos como no los hallarías en ninguna otra actividad.

»Esto es cuanto puede manifestarte la ciencia de la moral. A ti te toca escoger.»

El Comunismo anárquico enca-

bezado en este trabajo por mano de Isaac Puente, cual predicó ese sabio del pensamiento humano y cual se ensayó en la Revolución del 36 en España con el éxito esperado, dejó de ser utópico y su implantación tarde o temprano será un hecho real para goce y felicidad de las generaciones futuras.

Y como epílogo a este aniversario del cincuentenario de la muerte de Pedro Kropotkin, acontecida en Dimitrov (Rusia) en 1921, repetiremos lo que dijo

cierta vez Georges Brandés: «Kropotkin fue sin lugar a dudas un revolucionario sin énfasis. Se reía de los juramentos y de las ceremonias por las cuales se asocian los conspiradores en dramas y operetas. Ese hombre fue la sencillez encarnada. Como carácter mantiene la comparación con los grandes combatientes de la libertad de todos los países. Ninguno fue más desinteresado que él, ninguno amó a la humanidad más que él.»

Félix Alvarez Ferreras

de su dignidad. Con esta cualidad del espíritu se engendrará y desarrollará en sí el «nuevo tipo humano», no tolerado por explotadores y opresores. Realizar su liberación íntima: he aquí cómo puede ser decididamente influyente el obrero que se integra a un movimiento social.

MAESTROS QUE PERMANECEN. — **A. M. Scuderi.** — En estado de compromiso ha de vivir el hombre si quiere ser considerado como tal. En compromiso, entiéndase bien, con la verdad y todo sentimiento de natural justicia. No se puede vivir en hombre sin estar prometido a esa verdad que desde el primer momento de amarla ya se atesora, de tal modo que ese

pacto vibra y resplandece en la razón como una nueva ley, la ley de la libertad, siempre evidente en gestos de rebelión y protesta contra toda forma de error, máxime cuando los errores están establecidos y honrados como normas fijas por Estados e Iglesias. Así se manifestaron León Felipe y Goya, ambos hacen sentir el dolor que ellos mismos sintieron ante el horror, y lo condenan, sin regatear belleza ni amor. Prometidos con la verdad son, antes que artistas, hombres; antes que maestros, discípulos de la libertad operada en ellos, como la misma vida. Sabían que la verdad no había muerto ni podía morir, que era un don en quien se sentía con valor para esgrimirla y propa-

garla. Hombres que saben investigar las causas y reconocer la auténtica fisonomía de las enmascaradas miserias sociales del pueblo en que viven, no pueden resignarse a aceptarlas, sino que se revelan y combaten, denunciando el modo de producir hombres mejores para una sociedad mejor. Esos hombres son felices persiguiendo, con los dones de que la naturaleza los ha dotado, algo diametralmente opuesto a lo que con indignación afrontan. La grandeza de esos hombres, Goya y León Felipe, estribaba en el cortenido, antes que en la forma de expresión, y en ello se comprende la permanencia de sus voces.



LA REVOLUCION DE JULIO EN BARCELONA, por José Brissa (Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1910). — Su represión, sus víctimas, proceso Ferrer, recopilación de sucesos y comentarios, iconografía, etc. Páginas: 352.

LES ACTES OFFICIELS DU PROCES FERRER, traducción del «Comité de l'œuvre Francisco Ferrer», prefacio de Lucien Auspach, profesor de la Universidad de Bruselas (Bruselas: Bibliothèque de Propagande, 1910). — Actas abarcando 120 páginas.

LE CARDINAL MERCIER ET L'AFFAIRE FERRER (Bruselas: Bibliothèque de Propagande, 1910). — Folleto de 61 páginas.

LE CONGRES DE BRUXELLES ET LA MANIFESTATION FERRER (Bruselas: 1910). — Folleto de 64 páginas sobre los días 20-24 de agosto de 1910, en Bruselas, favorables a Ferrer.

DIARIO DE SESIONES DEL CONGRESO (Madrid). — Consúltese del 6 al 18 de julio de 1910, sobre Ferrer.

LE CRIME DE MONTJUICH, por Alfred Naquet (Bruselas: Œuvre de Francisco Ferrer, 1910). — Folleto de 32 páginas.

EL PROCESO FERRER Y LA OPINION EUROPEA, por Luis Simarro (Madrid: Imprenta de E. Arias, 1910). — Voluminosa obra de 665 páginas.

EL PROCESO FERRER ANTE LAS CORTES, por Salvador Canals (Madrid: Imprenta Alemana, 1911). — Libro de 118 páginas.

CAUSA CONTRA FRANCISCO FERRER GUARDIA INSTRUIDA Y FALLADA POR LA JURISDICCION DE GUERRA DE BARCELONA (Madrid, 1911). — Abarca ocho tomos.

FERRER Y SU PROCESO EN LAS CORTES, por Alejandro Lerroux (Barcelona: Tipografía El Anuario de la Exportación, 1911). — Libro de 222 páginas.

L'ASSASSINAT DE FERRER, por Charles Malato Hennequin (Ginebra: Editions du Réveil, 1911). — Folleto de 16 páginas.

THE LIFE, TRIAL AND DEATH OF FRANCISCO FERRER, por William Archer (Londres: Chapmand and Hall, 1911). — Esta «Vida, proceso y muerte de Ferrer» tiene 332 páginas.

LA SOMBRA DE FERRER, por Pedro Sangro (Madrid: 1917). — Volumen de 560 páginas.

LOS ASESINOS DE FERRER GUARDIA, por Laura Brunet (Barcelona: Ediciones Sanxo). — Folleto de 62 páginas. Sin fecha, pero editado en 1933.

VIDA, PROCES I MORT DE FRANCESC FERRER I GUARDIA por William Archer, traducción de C. A. Jordana (Barcelona: Ediciones Atena, 1935). — Esta traducción al catalán abarca 352 páginas.

En la citada obra de Sol Ferrer, el lector encontrará otros datos bibliográficos de sumo interés.

Sobre Montjuich

MONTJUICH, RECUERDOS HISTORICOS, I. Bó y Singla (Barcelona: Casa Editorial Publicaciones de la Escuela Moderna, 1917). — Libro de 205 páginas.

De Francisco Ferrer

Se consultará al efecto la obra ya citada de su hija Sol Ferrer. En cuanto a su obra póstuma LA ESCUELA MODERNA, la hemos ya mencionado en nuestras notas.

ESTO Y AQUELLO

Principios y circunstancias

por FLOREAL CASTILLA

EL antagonismo entre ambas formas de la praxis del pensamiento y la acción revolucionaria: desde la atalaya de los principios y desde el terreno de la práctica, es tan viejo como la pugna entre el intelectual químicamente puro y el obrero que le desconoce el derecho a teorizar sobre la revolución; el segundo de esos enfoques, el de buscar una guía dialéctica que no se quiere conseguir en los principios por ser objeto de trabas por parte de otros sectores de opinión, el circunstancialismo, engendra automáticamente las alianzas. Positivas o innecesarias, éstas son formas de manifestar ese enfoque. Y de probarlo a la luz de los acontecimientos.

Hay revolucionarios que se preguntan cómo actuarían ante una situación: que los principios obligasen a desconocer. En realidad, estos principios deberían incluir una negación absoluta del capitalismo de Estado y del parlamentarismo. Pero si nos encontramos ante la imperiosa necesidad de participar en un proceso al que están incorporadas las masas trabajadoras, proceso éste que no garantiza una revolución radical pero en el que se debe participar si no se quiere perder la presencia de nuestro ideario en el seno de las masas, ¿cómo deberíamos actuar? Primero, buscar las vías para convertir esa revolución democrático-burguesa en insurrección proletaria (tesis leninista). Segundo, cuestionar dicho cambio en función de la censura permanente de las bases de sustentación del sistema capitalista: la autoridad, la propiedad privada, la religión, etc. Tomemos en consideración que dichas reformas liberales — o revoluciones democrático-burguesas — se hacen continuas en aquellos países de historial político inestable. Que, además, son peculiares de las naciones enmarcadas en el «subdesarrollo» — y, aquí sale a relucir forzosamente la tesis que Lenin expone en el II Congreso de la Internacional comunista, 2 de agosto de 1920 sobre las cuestiones nacional y colonial. Lenin enuncia por vez primera — oficialmente — lo que pasará a ser la religión de los llamados «movimientos de liberación nacional», cuando, partiendo de la aceptación del imperialismo, divide al mundo capitalista en naciones oprimidas y naciones opresoras. Asegura posteriormente «que debe hablarse de movimiento revolucionario nacional en vez de movimiento democrático-burgués», en el caso de las reformas liberales. Aunque, «no cabe la menor duda de que todo movimiento nacional no puede

ser sino un movimiento democrático-burgués, ya que la masa fundamental de la población en los países atrasados la constituyen los campesinos, que **representan las relaciones capitalistas burguesas**» (subraya F. C.) Lenin entendía que el atraso de las masas laboriosas de las naciones oprimidas se superaría «cuando el proletariado triunfante de las repúblicas soviéticas tienda la mano a esas masas...» Perdía el control de sus disquisiciones el autor de «El Estado y la Revolución» porque se negaba a ver en su incipiente Comisariado del pueblo el germen del futuro imperio socialfascista, como acertadamente lo cataloga la propaganda también imperialista de los comunistas chinos.

Estas tesis leninistas no son sino el producto del oportunismo y de la hegemonía de la política soviética sobre la trayectoria de los movimientos revolucionarios marxistas; además, producto de la subestimación marxista-leninista del poder revolucionario del campesinado no propietario y arrendatario de tierras, el que padece más violentamente el régimen de propiedad privada. Sin embargo, con todo y eso, dichas ideas sobre la cuestión colonial eran también el resultado de unas circunstancias por las que atravesaba el régimen bolchevique, el cerco del capitalismo europeo y la posibilidad de influir en los movimientos independentistas de esas «naciones oprimidas» para formar una Sociedad de Naciones bolcheviques. (Stalin aplicaría respecto a China ese pensamiento leninista, dándose el producto de la descomposición del comunismo chino, entre partidarios de agrupar a los campesinos y quienes negaban esa posibilidad fundamentados en que la clase obrera era la única auténticamente revolucionaria).

Así, pues, la lucha popular contra el capital y la autoridad por la vía de la acción revolucionaria, sería suplantada, en todo momento, por la lucha de una alianza de clases — ensalzada por el proletariado, o por su vanguardia, el partido bolchevique — por la independencia nacional y la constitución de un gobierno nacional - revolucionario que echara las bases del socialismo; lo que pasaron por alto los inventores de la teoría es que la burguesía nacional tenía más posibilidades que el proletariado de dirigir ese movimiento revolucionario nacional y que, encima de todo eso, la vanguardia del proletariado está conformada normalmente por intelectuales burgueses abanderados del marxismo. Lo que quizá sí hacían con todo conocimiento de causa Lenin y los suyos, era que ese gobierno

resultante del triunfo de las fuerzas patrióticas se asemejaría al Estado bolchevique, **que no era un Estado propiamente dicho, sino la maquinaria de poder del proletariado.** No sólo el tiempo ha dado la razón al socialismo antiestatista, sino que desconoce la efectividad de la aplicación de esas tesis de Lenin.

Los asideros de Lenin para plantear dicha hipótesis eran suficientemente claros:

1º) Negación de la capacidad revolucionaria del campesinado.

2º) Sobreestimación de la representatividad del proletariado, o, en otras palabras, infalibilidad del partido bolchevique.

3º) Subestimación del poder de la burguesía y de sus acólitos.

4º) Falsedad de la teoría monopolizadora del proletariado, en el sentido de que éste es el adalid de la Revolución. Tarea peculiar del movimiento ortodoxo. En los países colonizados, de donde extraen las metrópolis su materia prima, la masa de obreros industriales es minoría, en contra de otros trabajadores como el campesinado, y clases como el «lumpenproletariat», que encierran un auténtico polvorín revolucionario.

Lo que podemos verificar a la luz de los acontecimientos nos aclara todo el trasfondo de las tesis sobre la cuestión colonial y nacional. No sólo Lenin estaba errado, al menos en este enfoque, sino que el poder soviético, heredero del monolitismo leninista ha chantajeado en provecho propio a los regímenes dictatoriales nacidos de las luchas por la independencia nacional. A la clase trabajadora encuadrada en los movimientos comunistas se la «aconsejó» que abogase por reivindicaciones patrióticas en contra del imperialismo, en vez de que luchase contra el capitalismo, que engendró el colonialismo. No es lo mismo enfrentarse a la causa que a su consecuencia. Así, por lo tanto, los trabajadores que escuchaban a la Komintern se aliaron con esa burguesía nacional — mal supuesta progresista — que había nacido al cobijo de los intereses coloniales y que heredaría su papel de guardián. Los trabajadores cayeron así bajo una tiranía patriótica, y, por haber perdido de vista sus principios primarios, el proletariado obrero y campesino quedó desarmado ideológicamente; así, a quien exigiese «igualdad social», expropiación y

autogestión se le argüía que los trabajadores deberían sacrificarse por la nación independiente y por el gobierno patriótico, relegando estos ideales a un plano considerablemente alejado del presente inmediato.

En cambio, Frantz Fanon nos sirve una teoría más consona con la realidad, aunque enmarcada en la tesis falsa de que el mundo se divide en naciones «opresoras» y «oprimidas»; desechando esta pauta, y abrazando la emancipación humana en función de que ésta se plantea ante la disyuntiva del género humano dividido entre **amos y esclavos en todas las coordenadas geográficas**, lo que Fanon expresa es de interés para nuestro somero análisis.

Para Fanon en el tercer mundo los factores claves del cambio revolucionario son el campesinado y el «lumpenproletariat», unidos a los intelectuales urbanos. (Tampoco se debe menospreciar a los obreros industriales, pero éstos están muy propensos a burocratizarse).

Fanon desconfiaba de las tesis leninistas y aspiraba a instaurar una sociedad humanista ajena al cartabón soviético. Patentizó la realidad de la lucha revolucionaria mundial arguyendo que «hace ya mucho tiempo que la historia se viene haciendo sin la izquierda de Europa.»

Recordamos que el marxismo atribuyó a los países civilizados el rol de dirigentes de la revolución social, porque dado el grado que había alcanzado la producción capitalista la capacidad de la clase trabajadora sería mayor. Jamás se ha demostrado esta teoría, pero ella fue el fundamento primordial de Lenin para enunciar dichas tesis.

El oportunismo del partido de Lenin ha sido el causante de que muchas tiranías del Tercer Mundo tengan partida de nacimiento socialista, de un socialismo falso pero socialismo al fin y al cabo.

A eso ha llegado el socialismo. Los principios quedaron en 1864, entre los sacrificados de Crons-tadt y en los campos de concentración de la Rusia stalinista, la China maoísta y el Este europeo. Un clamor mundial de la nueva generación de revolucionarios contra el burocratismo obliga a desempolvar esos principios que muchos adalides de las generaciones de la tradición parecen haber olvidado; la bancarrota del bolchevismo debe ser el último paso atrás de la revolución social: menos circunstancias y más principios.



THOREAU

y su concepto del hombre probo y justo

(Continuación y fin)

La influencia de Thoreau en Paul Goodman, que a sí mismo se describe como «anarquista comunista» es aparente para todo aquel que haya leído la obra escrita con su hermano Percival y titulada *Communitas* (Universidad de Chicago, 1917).

Un hombre noble que también producía agitación con la finalidad de los nobles pueblos, fue el anarquista Kropotkin. Podría haber estado completamente de acuerdo con Thoreau y su preocupación por su localidad y la premura en actuar colectivamente «en el espíritu de nuestras instituciones». En «El Apoyo Mutuo» (1902), Kropotkin celebraba el vital crecimiento societario en las antiguas ciudades griegas y medievales; tristemente subrayando las consecuencias del surgimiento de la centralización cuando el Estado «tomó posesión, en el interés de las minorías, de todas las funciones judiciales, económicas y administrativas que la comunidad del pueblo ya había ejercido en interés de todos». Como Thoreau, Kropotkin propugnaba la restauración del poder de la comunidad y que cada individuo, localidad y creación fuesen dejadas solas en su pleno desarrollo — ¡aunque Kropotkin haya pensado que Thoreau era un individualista como Ibsen, muy próximas son sus finalidades! — Todo esto señala la equivocación de Sherman Paul y otros al confundir lo «antisocial» con lo «libertario». La sociedad y el Estado, que tan bien conocían Thoreau y Kropotkin, no deben ser confundidas o identificadas.

La definición de Emma Goldman mencionada más arriba pue-

de ser suficiente a nuestros propósitos, y entonces, como debemos tener en la mente, su aproximativa naturaleza, y el resbaladizo mástil engrasado de las teorías morales de Thoreau, que tan a menudo difieren en las concepciones. Teniendo en cuenta esto, Thoreau fue siempre un anarquista en materias de conciencia, un anarquista del porvenir para los tiempos «en que los hombres estén preparados para vivir así», y mientras tanto, un anarquista descentralizador. Pero baste ya con este intento de atiborrar al poeta y al místico en una definición moral. En resumen, los mismos escritos de Thoreau pueden ayudar a fulminar todas nuestras convencionales categorías políticas (8).

«No sabemos si llamarle el último ejemplar de una desaparecida vieja raza de hombres, o el primero de una raza venidera» admitía un crítico inglés, en el suplemento literario del *Times* londinense el 12 de julio de 1917. «Poseía del indio la reflexión, el estoicismo y sus sentidos primitivos, todo ello combinado con una individual conciencia, el exaltador descontento y la susceptibilidad de los más modernos. A veces parece adelantarse a nuestros humanos poderes en lo que percibe por encima del horizonte de la humanidad». Con notable penetración, el escritor percibió aquí la doblez perpleja de Thoreau, habiendo incluso tocado el borde de su alta y excitante profunda unidad.

«Los primitivos sentidos de un indio» que tenía Thoreau y su pasión por todo lo aborigen, no puede ser puesta en cuestión. «Me parece que hay en mi naturaleza», declaraba en *Una Semana*, «un singular apetito por toda

la vida silvestre». Hacia el fin estaba convencido de que «la vida consiste en lo que es silvestre». Pero esta concepción no se basaba en una perspectiva sentimental y romántica de nuestros «rudos antepasados». Las crudas reliquias de las tribus norteamericanas, su poco previsor cuidado aun en el seno de los bosques, y su «rústico e imperfecto empleo» que hacían de la naturaleza, le repelían. Su desagradable experiencia en la caza de un alce en Maine lo condujo a esta reflexión: «No hay que preguntarse el por qué su raza será pronto exterminada. Yo ya, y durante las siguientes semanas, sentía que mi propia naturaleza se hacía rústica en esta parte de mi experiencia en aquellos bosques, y pensaba que nuestra vida debería ser vivida tan tiernamente y delicadamente como se cortaría una flor» (citado por Albert Kaiser, *El indio en la literatura norteamericana*, Nueva York, Universidad de Oxford, 1933, página 227. Sin embargo, Thoreau perdió su convicción de que, al estar tan cerca de la naturaleza, los indios tenían con ella una íntima y vital relación. «Hablamos de civilizar a los indios», escribió en *Una Semana*, «pero no es éste el nombre para su mejora. Por su independencia cautelosa y el retraimiento de su indistinta vida forestal, preservan su relación con los lares nativos, siendo admitidos de vez en cuando a una rara y peculiar sociedad con la naturaleza. Tiene ojeadas de rutilantes reconocimientos, ignoradas en nuestros salones».

A modo de contraste, «viene el hombre blanco, pálido como el alba, con su carga de pensamiento, con su inteligencia semi dor-

mida cual un fuego mortecino, sabiendo bien que conoce, sin adivinar pero calculando; fuerte comunidad, suplicando obediencia a la autoridad; de raza con experiencia; de un cautivante y maravilloso sentido común; aburrido pero genuino; hombre trabajador, desechando la caza y el deporte; edificando una casa que dura, una casa bien construida con su armazón. Compra los mocasines y los cestos de los indios, luego compra sus terrenos de caza, y por último olvida dónde está enterrado y ara encima de sus huesos» (volumen primero de sus obras completas, páginas 52-53 y también 55). En esta lista de las virtudes burguesas, la penetrante y amplia crítica social de «Vida sin principios» — primero titulada «Una ley más alta» —, y naturalmente del mismo **Walden** está ancipeda. Calculando para su mejor suerte, este obediente hombre blanco ha hecho su camino a través de miles de indios con el propósito de apresurarse hacia los pozos auríferos de California, «reflejo de la mayor desgracia de la humanidad», y viven «con suerte, de manera a lograr los medios para explotar el trabajo de otros con no tanta suerte, ¡sin contribuir con valor alguno para la sociedad! ¡Y a esto llaman empresa! No conozco ningún medio más asombroso de la inmortalidad del comercio... El cerdo que consigue hociqueando y horadando así el suelo, se avergonzaría de semejante compañía» (**Vida sin principios** en mi ejemplar de **Walden**, página 717). En su poderoso ensayo sobre la «Vida sin principios», concluía que «nada existe, ni siquiera el crimen, tan opuesto a la filosofía, a la poesía y, por desgracia, a la misma vida, que ese incesante negocio». Una economía de importancia, como el primer capítulo de **Walden**, puede aún probar a un mundo escéptico que Thoreau vio bien claro eso de que la acumulación de riqueza conduce a la vulgarización de la vida, al substituir al hombre por algo menos que el cerdo, criatura que calcula y apila dinero y ni siquiera en tal proceso se arraiga en el suelo. «Lo que llaman política», escribió en

Vida sin principios, «es comparativamente algo tan superficial e inhumano, que prácticamente he reconocido siempre el que tenga que ver algo conmigo». La guerra contra México, el ansia de territorio y de poder, y otras orgías del nacionalismo eran, pensaba, un destiño manifiestamente distinto al suyo. En su carta a Parker Pillsbury, en la víspera del combate de Fuerte Sumter, decía que «no sentía tanto la presente condición de las cosas en este país (en verdad nada siento), pues mi método es no oír nada de todo eso. Conozco uno o dos que han, este año, leído por primera vez el mensaje del presidente; pero sin ver que esto implica una caída en ellos, mejor que una ascensión en el presidente. Bienaventurados sean los jóvenes, pues no leen el mensaje del presidente.» (Su referencia al «manifiesto destino», apareció en su carta a H. G. O. Blake, del 27 de febrero de 1853; su carta a Pillsbury fue fechada el 10 de abril de 1861. **La Correspondencia de Henry David Thoreau**, editada por Walter Harding y Carl Bode, Universidad de Nueva York, 1958). Sin embargo, a pesar de esas devastadoras flechas contra las instituciones respaldadas por el hombre blanco tan «pálido como el alba», Thoreau honoraba el aprender como o aún más que no importa qué hombre en América del Norte. Lejos de preconizar el retorno a una bienaventuranza analfabeta, afirmaba en su capítulo «Lectura», de **Walden**, que debían estudiarse los «viejos y mejores» libros, cuyos «autores son la natural e irresistible aristocracia de cada sociedad, y, más que reyes y emperadores, ejercen una influencia sobre la humanidad».

Así la dualidad de Thoreau, que bien la conocía: «en mí encuentro un instinto conduciéndome hacia una vida mística y espiritual, y otro llevándome a una vida ruda y primitiva», era uno de sus grandes logros para ir más allá de las polaridades «Civilización y barbarie» — polos alternativamente atractivos que llevaron a la mayoría de los contemporáneos de Thoreau, atrás y adelante, sin esperanza, como si fueran partículas metálicas —,

para llegar cerca a una creativa fusión: «Nos encaminamos hacia el este para comprender la historia y estudiar los trabajos de arte y literatura, encontrando los senderos de la raza», escribió en el sereno sumario de sus caminatas. «Nos encaminamos hacia el oeste como si lo hiciéramos hacia el futuro, con un espíritu de empresa y aventura». Thoreau deseaba lo mejor para sus contemporáneos, a la vez de la naturaleza y de la civilización, del pasado y del presente. Se dio cuenta claramente del significado de América. Se trataba de una oportunidad para nuevos comienzos: «El Atlántico es una corriente letea, que al pasar nosotros por ella, hemos podido olvidar al Viejo Mundo y a sus instituciones. Si esta vez no tenemos éxito, tal vez existe otra sola posibilidad para la raza, antes de que ésta llegue a las orillas del Styx; y en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho». Si hubiera vivido con todas sus facultades por otra decena más o menos, podría tal vez haber usado sus laboriosamente anotados cuadernos sobre «Apuntes referentes a los indios», para demostrar cómo los aborígenes gozaban de «una rara y peculiar sociedad con la naturaleza» (Keisser, en **El indio en la literatura norteamericana**, páginas 217-218, «no puede dejar de creer qué cruel destiño robó al mundo un gran trabajo versando en una sana, realista y simpática... manera con el hijo de la naturaleza en el continente norteamericano...»). Tal vez, aunque es posible que la guerra civil hubiese malogrado a Thoreau como lo hizo con tantos otros. Debe ser notado que Thoreau demuestra, en muchos pasajes, un intuitivo sentido de la intuición, hecha por modernos estudiosos como Mircea Eliade, entre el tiempo arcaico y cíclico, con el tiempo moderno progresivo y acumulativo. Sus trabajos estaban organizados alrededor del primero de estos tiempos. Por cierto que **Una Semana** podría ser interpretada como una extendida defensa de la tesis de Parménides sobre la permanencia del universo contra el progresivismo heraclíteano de una nación de impulsas-

dores — especialmente en las páginas 54-56, 60, 128, 239, 347 y 416 —. Su constante retorno al problema del tiempo y su obvia importancia para la comprensión del hombre en la naturaleza, invita a una investigación cuidadosa y sistemática. Es indisputable que su interés por la mitología clásica, las sociedades antiguas y las tribus contemporáneas era su interés antropológico por los rasgos perdurables de la vida en grupos. Su interés por los indios se asemejaba mucho al de Claude Levi-Strauss y podría haber sido expresado en estas palabras de éste: «El estudio de estos salvajes no revela un estado utópico en la naturaleza; tampoco nos hace ver una sociedad perfecta escondida en la profundidad de los bosques. Nos ayuda a construir un modelo teórico de sociedad que no corresponde a ninguno observable en la realidad, pero nos ayuda a clarificar lo que hay de original y artificial en la presente condición del hombre» (Tristes Tropiques, en la revista *Encounter*, abril de 1961, página 40). El modelo teórico de Thoreau, que procedía de todos sus esfuerzos por arrinconar la vida en un rincón y extraer allí toda su médula, dejaba en claro que los esfuerzos de sus vecinos por vivir de lo superfluo hacían sus vidas superfluas. A través de una cuidadosa inspección de su modelo, pudo darse bien cuenta, muchos años antes que Lenin, de que el fondo del Estado es un club. Cooperar con él, especialmente en materias de importancia, es negar a la vida, puesto que el Estado, lo mismo que el ejército organizado, es poder organizado a disposición del odio. «Debe usted conseguir su vida amando» confidentemente declaraba este supuestamente estrecho excéntrico pueblerino. Claramente, aspiraba a crear para sus contemporáneos un «nuevo cielo y una nueva tierra», justo como cada uno de los hijos de la Grecia legendaria habían hecho por ésta. La perspectiva de este nuevo cielo está sugerida en un pasaje de *Una Semana*. El sábado, cuando él y su hermano John navegaron el largo espacio que hay entre la colina Ball y el

punto de Carlisle, vieron a «hombres recogiendo el heno lejos en los prados, sus cabezas bamboleándose en la hierba que cortaban. En la distancia, diríase que el viento también se bamboleaba. Al llegar la noche, venía tal frescor de los prados que cada brizna de heno cortado parecía armonizar con la misma vida».

De este sentimiento de correspondencia del hombre con la naturaleza, «que uno se siente en ella como en su propia casa», Thoreau añadía poéticas intuiciones de un individualismo verdadero. Con su sentido común, se dio cuenta de que el notorio sentido común de sus contemporáneos no era sano. Las importantes cuestiones eran enterradas bajo cotidianos montones de trivialidad. La verdadera vida se aplazaba constantemente. Ninguna exhuberancia alegre era permitida, salvo con cautelosa prudencia. Thoreau hubiera podido juntarse a William Blake en su creencia de que la «Prudencia es una fea y rica vieja solterona, cortejada por la Incapacidad». La incapacidad era en parte el resultado de una escisión entre el corazón y la cabeza, el pensamiento y el sentimiento, y la absurda creencia de que solamente el intelecto es suficiente para enfrentar la vida. En su final resumen, en el ensayo «Caminando» (9), nos advertía que lo que más podemos esperar es lograr «Simpatía con inteligencia... un descubrimiento de que existen más cosas en los cielos y en la tierra que las soñadas por nuestra filosofía». Pero sus vecinos no solamente poseían una superfe por el razonamiento abstracto y por la general eficacia del intelecto, sino que también se disgustaban con el cuerpo. William Blake pudo acometer contra el oscurantismo de su tiempo redescubriendo al tiempo; escondido por el sentimiento moral de la familia, por la moral etérea emersoniana, y su propia confirmada virginidad. Pero Thoreau tuvo más dificultad. Su embarazosa admisión: «La esencial diferencia entre el hombre y la mujer, es decir, del porqué se sienten atraídos uno hacia el otro, nadie ha podido responder hasta ahora satisfactoriamente»,

es naturalmente, como Krutch señala, «una ridiculez» (obra citada, página 207). De todos modos, poseyó Thoreau una delicia sensual por su propio cuerpo, proclamando en *Una Semana* que recemos a otro cielo si no es a nuestro propio cuerpo, al que nuestros sentidos puedan ofrecernos, al de una pura y sensual vida. Nuestros presentes sentidos son los rudimentos de lo que están destinados a ser». Aquí vese un misticismo por el cuerpo que coloca a Thoreau en la tradición de Jacob Bohème y William Blake. Presupone, como observa Norman Brown que «la conciencia bastante fuerte para gozar enteramente la vida ya no será más apolónica sino dionisiaca; conciencia que no observa el límite, sino que lo desborda; conciencia que ya no se niega más» (*La vida contra la muerte*, Universidad Wesleyan, Middletown, 1959, páginas 308-311). Asombrado por las formas fálicas de la naturaleza, Thoreau hacía saber que más adoraba en el altar de Pan (el hombre justo de la fertilidad arcadiense, culto famoso por las famosas orgías con las ninfas de las montañas). La visión de los individuos con un desarrollo espiritual y el simple animal vigor para afirmar sus cuerpos, fue una de las importantes contribuciones de su paradójico celibato. Fue una visión sentida y practicada, en sus maneras, por Isadora Duncan y Emma Goldman, por Randolph Bourne y Frank Lloyd Wright. Ejerce su llamada a la corriente poética y libertaria del radicalismo, a hombres tan diversos como Cummings, Karl Shapiro, Henry Miller, Paul Goodman, Kenneth Patcher, Herbert Read, el fenecido Albert Camus y Nicolás Berdyaev. Una reciente y tal vez un poco extravagante forma es la noción que tiene Allen Ginsberg de su «Socialismo, cooperativismo, anarquismo», que de todos modos, es revolucionaria.

«Una cosa de Thoreau siempre se mantiene viva en mí», hacia saber Walt Whitman. «Me refiero a su libertarismo — su disentir siempre —, su norte hacia su propio sendero, aunque el infierno lo fulminara todo» (menciona-

do por Walter Harding en *Un manual de Thoreau*, página 201, Universidad de Nueva York, 1959). Miles de jóvenes comprenden exactamente lo que Whitman quería decir. Unos pocos tal vez pueden ver que la muerte de Thoreau fue su mayor realización, pues enseñó que su filosofía lo había enseñado a cómo morir — y por lo tanto a cómo vivir—. Algunos pueden apreciar y comprender sus dos años transcurridos en el lago de Walden. Pero muchos están listos, como el joven abogado hindú de África del Sur que en 1907, se impresionó en el sentido de que «Thoreau no enseñaba nada que no practicara él mismo» (mencionado por George Hendrick en «La influencia de Civil desobediencia, de Thoreau, en la Satyagraha, de Gandhi, revista trimestral de

Nueva Inglaterra, 1956, página 464). Como Gandhi, están prontos a extraer de la *Desobediencia civil*, de Thoreau, un «nuevo camino» para enfrentarse con los conflictos sociales. Thoreau es así como hizo aún una mayor contribución al radicalismo social, pues el anarquismo y el socialismo han tradicionalmente sido muy fuertes en fines, pero débiles o peor en medios. Es verdad que el mismo Thoreau no era muy clarividente en el asunto violencia, como lo muestra su espléndido tributo a John Brown y sus ocasionales observaciones inexpertas sobre la guerra: «Es una desgracia», escribió a un corresponsal en 1855, «que parezca haber de recurrirse a la guerra de vez en cuando, como si ello quisiera demostrar que aún

queda virilidad a la humanidad» (de una carta a Thomas Chalmers, 7 de febrero de 1855. Véase *Correspondencia*, página 371). Sin embargo, por el ejemplo de su propia vida fue más lejos que nadie en la respuesta a estos problemas. Más importante aún, como Antígona, nos dejó la poderosa, quemante e irresistible llamada de su ejemplo. Es dicho ejemplo tan de nuestros días como el estandarte «Existen leyes injustas» que se codeaba con el de Camus «Ni víctimas ni victimarios», en las recientes manifestaciones juveniles de Washington. Es tan de nuestros días como el sentarse de Bertrand Russell en la plaza de Trafalgar. Puede aún ayudarnos a sobrevivir a la enfermedad llamada historia moderna (10).

NOTAS

(1) Texto de Sófocles aquí transcrito de la versión de Ignacio Errandonea (Oxford), en reciente edición de las *Tragedias Completas* de Sófocles, publicadas por colección Crisol de Aguilar (página 216). — *Trad.*

(2) He aquí otros pensamientos libres, transcritos de la precedente traducción de Sófocles, mencionada en nota anterior, y de la misma obra *Antígona*:

«Imposible conocer el corazón, el criterio, las ideas de un hombre hasta verle en altos puestos y entre leyes» (página 204).

«No ha surgido entre los hombres invención más perniciosa que el dinero; éste es el que allana las ciudades, éste el que destierra a los hombres de sus hogares; el dinero, aun a corazones honrados los descarria y enseña a meterse en empresas vergonzosas; el dinero ha revelado a los mortales todas las malas artes, les ha enseñado todo género de impiedad» (página 209).

«No vivas casado con tu propia opinión, aferrado en que como tú las dices así son las cosas y nada más. Pues los que se pagan de tener ellos solos talento o de tener una elocuencia o un alma, que nadie más posee, éstos, cuando se les casca, resultan huecos. Por más sabio que sea, nun-

ca es humillante para un hombre el aprender en muchos casos de otros y no aferrarse en demasía» (pág. 227).

«Es sin duda lo mejor al hombre nacer rico en toda ciencia, pero si esto no es posible, y acontece con frecuencia no serlo, entonces le está muy bien escuchar los buenos consejos de los demás» (página 228).

«La verdad es siempre lo más recto» (página 248). — *Trad.*

(3) El ensayo «La política», puede leerse en la misma colección de Aguilar. Obra «Ensayos» de Ralph Waldo Emerson. Traducción de Luis Echevarría. Páginas 537-560. — *Trad.*

(4) Véase «El encarcelamiento de Thoreau» por Samuel Arthur Jones. Revista CENIT (septiembre de 1962), páginas 3821-3824. Bronson Amos Alcott, educacionista y animador de la comunidad libre «Brook Farm» era el padre de las «Mujercitas», obra cumbre de su hija Louisa May Alcott, el título más editado en lengua castellana de todos los clásicos norteamericanos. — *Trad.*

(5) Franklin Sanborn fue el segundo biógrafo de Thoreau. La investigación moderna ha mostrado una serie de inexactitudes en sus biografías sobre él e incluso, en la edición que hi-

zo de un nuevo «Walden» (obra maestra de Thoreau) sanbornizado, compuesto por una amalgama de los diferentes borradores que hizo Thoreau para dicha obra. Concord (Massachusetts) era el lugar de nacimiento y de residencia de Thoreau. Asimismo, lugar donde feneció. — *Trad.*

(6) En su ensayo sobre «Thoreau y los Negros», Walter Harding encuentra a Thoreau como a un «anarquista filosófico». En la mejor biografía que hasta ahora sobre él ha sido escrita, Henry S. Canby dice que «Thoreau era amigo de las marmotas y enemigo del Estado». Veamos lo que se nos dice en la reciente y excelente biografía para jóvenes, escrita por A. Derleth y titulada «El Rebelde de Concord»: «Thoreau rechazaba todas las coacciones exteriores en una especie de anarquismo espiritual que hizo de él la inspiración de cuantos se rebelan contra las asfixiantes presiones de nuestra civilización material». — *Trad.*

(7) La última publicación en castellano de «Desobediencia Civil» puede encontrarse en el libro *Henry David Thoreau: Escritos selectos sobre Naturaleza y Libertad*, páginas 35-55. Editorial Agora, Buenos Aires, 1960. — *Trad.*

PRESIDIARIO Y
CATEDRÁTICO

El doble licenciado Cascales

por T. F. CANO RUIZ

POCO necesita Cascales de los Scaligeno, Bulengero, Cipriano, Jerónimo, Basilio, tan admirados. Goza de humanidades «curiosas y llenas de erudición». El «Pseudolo», de Plauto, le parece esquema filosófico y encántase que «por medio de la cera o madera salga la letra **farauste**».

Fortaleza e inspiración son correlativas que recibe de su roble cuerpo, las cuales no se cobran ni pagan con letras, plata u oro.

O tempora! O mores!

Cita a Homero — ciego de Clio, padre de la Historia — en la variedad de sus epístolas: «Preto entrega a Belerofonte unas letrillas escritas en tablilla plegada, que quiere decir sellada». Y deduce: «carta-tabla de pinabete, boj, teja, cedro, marfil, piel de animal o membranas».

Aprendemos que desosando bestias o con leños se hacen «caudices»; codicilos que se convierten en códices por contracción de vocales. Cartas bellas de «tabellarios», escribano de «tabellione», puño de «pugilato», coro de «cauro», etc.

Refiere cuando Setonio hablaba de epístolas laureadas o «victrices», Tito Livio de «adventicias», Marcial el bilbilitano de «epitheras», ajenas o añadidas. Isócrates menciona el «papyro», árbol del Nilo que produce el papel.

Tipos de misivas ofrecen Dalecampio, Pena, Guilandino, Turnebo, Ruelio, Teofrasto y otros clásicos o antiguos. Unas son augustas, livianas, heriáticas, «fananias»; otros «amphitheatricas» o «tániticas». Dice Séneca que la misiva debe caber en la mano. Juvenal muerde a un poeta que le presenta una tragedia de Orestes escrita hasta por el reverso. Valeriano y Merula hacen gala de sus «Hierogly-

phicos» u «Opistorraphas». El «umbilico» significa muchas páginas.

Cascales abreva en el «Gnōthi seauton» que Chión grabó en el templo de Delfos y que se le atribuye a la pitonisa o a Sócrates. No cabe mejor.

Peleando en su época

Supo conjugar en primera persona el verbo pelear... Peleó por todo el continente, como el clasicista: «No nací para servir». Señala que las Leyes de Indias no se aplican en la metrópolis, donde existen «moreznos» o esclavos en pleno Renacimiento. Cuando España guerrea con Europa, él es amigo de los europeos.

Tiene mucho de gallo peleón y más madrugador que las consolas o despertadores. Pudiese aventajar mismo a Peleo, padre de Aquiles, con tales versos:

Eolo dice con aspecto blando
Tal Eaco se ostenta en la batalla,
De Peleo la furia y la arrogancia.

Lancea valiente

Lanzazos da en pro de «sérica», «bombycina» o pimentón murciano, con su léxico «juris». El pimentón daba la vuelta al mundo, antes de Carlos I, con sus millones de kilogramos; después las guerras imperiales lo redujeron al consumo interior del que buen uso y gusto hacen los murcianos. Seda y pelo de pesca llegaban hasta la Oceanía; luego se vieron reducidas con Felipe II a la nada.

Brega tanto que logra del Concejo una Ordenanza (26-4-1611) para el Gremio de Tejedores librándolos de servicios militares, alcabalas y «otras ha-

(8) Véase al final de este ensayo, las obras de Thoreau asequibles en nuestros días. — Trad.

(9) Véase «Caminando» en el mismo libro mencionado en la nota 7, páginas 127-156. — Trad.

(10) Este ensayo apareció por vez primera en *La Revista de Massachusetts*, número especial dedicado a Thoreau en el centenario de su muer-

te, Otoño de 1962. Páginas 126-138. Fue luego reproducido en la revista *Anarchy* (Anarquía) de Londres, abril de 1963, páginas 117-128. En esta versión, las notas del autor han sido refundidas en el texto. Las notas fuera de texto pertenecen a la traducción a cargo de V. M.

Nota bibliográfica. — Lo poco de Thoreau que hay en castellano hallase actualmente agotado. En idioma inglés, su obra es casi toda asequible.

Los *Diarios*, pueden conseguirse en dos grandes volúmenes, publicados por Dover de Nueva York. *Una Semana en los ríos Concord y Merrimack* aparece en el número 118 de Rinehart, Nueva York. *Walden* en la Washington Square Press, Nueva York. Estas dos últimas ediciones anotadas por Walter Harding. Los ensayos naturalistas, en *Excursiones* y los sociales en libro reciente publicado por Hill y Wang, Nueva York. — Trad.

cenderas». La seda murciana fue famosa, lo mismo que las moreras, gusanos tejiendo capullos.

«El Bárbaro» y sus verdugos

Clima y riquezas atraieron gentes de todas partes, haciéndose de aquel reino murciano una población cosmopolita. Sus palacios, escuelas, moradas, eran de mármol. «Akadamiya Marmar». La Universidad, ni más antigua, oriental y suntuosa.

Don Luis de Godoy fue mandado desde la Corte para «bien gobernarla», rodeándose de dos verdugos: Juanazo y Lobeño. Entre los tres no daban abasto con sus víctimas. Fue entonces que la ciudad llamó a ese Ponce de León «El Bárbaro», que no es otro que el padre de la Gitanilla en la novela ejemplar de Cervantes. Quevedo retrata a este corregidor y sus brazos ejecutores en «Vida del Buscón».

¡Aquí viene Cascales!

— «Quitar causas de pecado mejor que punirlos. De punirlos, ¿qué se sigue? Quitar la vida a un hombre. Dura ejecución. O afrentar a un hombre con vergüenza de azotes públicos. ¡Temible caso, quitarle la honra!»

Alfonso X y Jaime el Conquistador «colonizaron» aquel sitio con gentes nórdicas: germanos, gascones, cántabros-astures, leoneses, burgaleses muy toscos. La villa no iba mejor por eso y, entre todos, murieron derechos o libertades históricas.

Fracasados los bárbaros y verdugos, gentes enmascaradas retaban públicamente a las autoridades por sus latrocinios municipales, crímenes alevosos, sangre vertida. Tales clamores de justicia fueron ahogados con espartosos terrores oficiales. La meseta disponía de verdugos a granel.

Coserse y alastrarse

«Vocabulario del dialecto murciano» o «De la vecindad de Pérez de Hita», los cuales revelan que la novela histórica nació en aquellos lugares. Cervantes lo dirá en su «Viaje al Parnaso»:

Otro que, al parecer, iba mohino,
Con ser zapatero de obra prima,
Dijo dos mil, no un solo desatino.

Personajes modestos, pero geniales en el cascaleño: «Al famoso poeta Gregorio Silvestre». «Laudatorias» cascaleñas para los Avalo, Barahona, Ardilla, Pacheco, Rodríguez, Juana de Cazorla, Méndez, Cáceres, Espinosa... Sus paisanos o paisanitas, ilustres en la prosa, novelística, poesía, música, la canción o el poema.

Todo es «coserse» y «alastrarse» en el Maestro con los suyos o buenos discípulos. Estas grafías no las hallaremos en diccionarios ni gramáticas, pero hay que leer la «Carta filológica II» para saber que vamos pisando estrellas... Arrobas del amar y saber como actitud inconfundible existencial de todo bicho viviente.

Este buen afamado sigue atento el movimiento humanista en general. De su hogarcillo sale todas las mañanitas, junto a la muralla, respirando per-

fume de rosas por doquier y leyendo o contemplando bellas obras famosas internacionales. Va a su cátedra, le alcanza el paso Salvador Jacinto Polo de Medina y marchan juntos, discutiendo las novedades poético-literarias que hayan lugar en todas las esferas terrestres. Como suele hallar sus aulas convertidas en granero del ejército, vuelve de sus pasos para recrearse en el Segura con los libros abiertos... Es que se «cosía» o «alastraba» angelicando...

La **dinastía** impresora Moretus - Plantin - Moerentort, de Amberes—cuyo grabador era Rubens—le mandaba, con dedicaciones gráficas, las mejores producciones cosmopolitas. Aquel provincial ¡cómo se regodeaba de lo sublime! En el Museo holandés, Plantin-Moretus pueden verse ahora, todavía, semejantes delicias...

Verbo cascalear

Este verbito púsose al día y aún perdura... Su primerísima conjugación le da onomatopéyica voz, cuya grafía etimológica o morfosintáctica es alegar con singularísima solvencia intelectual, asimismo que el asierto de un sistema de unidades dramáticas.

Entre la escuela francesa y el teatro español suscitóse con mucho calor el tema clásico de dichas unidades, tanto que los **cascaleamientos** reverdecieron en grande. El manuscrito 4044 de la Biblioteca Nacional contiene la asombrosa disputa entre poetas, literatos, dramaturgos, **comediantes** de la lengua...

Copiaremos un pasaje de la «Nueva relación y curioso romance en que se cuenta muy a la larga...»

No como otros que hay también
en la Península Ibérica,
imitadores de la lengua,
que entre nuestros autorzuolos
siervamente cascalean...

Los odios extranjeros podían enconarse mortalmente, pero él se codeaba con los humanistas y helenistas franceses, eruditos, traductores europeos, hombres libres de estudios o de la razón independiente. Las citas serían grandes.

Puede decirse lo de Francis Bacon: «Un hombre no es más que lo que él mismo sabe.»

Ni más bizarro

«— No cumplí palabra, olvidado de sí mismo, porque me sumergí tanto en la lición de algunos humanistas, que me robaron totalmente la memoria. ¡Malditas sean las malas ocupaciones, que cuestan tan caro al cuerpo y al alma! ¡Oh letras! ¡Oh infierno! ¡Oh carnicería! ¡O muerte de los sentidos! O seáis rojas o seáis negras, que desta manera sois todas... ¿Quién me metió a mí con vosotras? En las flores de la histórica me entretengo sin esperanza de fruto; en las fábulas y figmentos de la poesía me embelesáis, donde la modorra de este arte me hace soñar millares de disparates y deva-

neos; en la enciclopedia o círculo de todas las ciencias, religiones, ritos y costumbres, ceremonias, trajes, cosas, en fin, exquisitas, nuevas y peregrinas, me explicáis y transportáis mis pensamientos.»

Hila perfecto el erudito y ensalmado, siendo su final bien patético, a lo comedógrafo trágico:

«— Y por todo este caos de vigiliat y desvelo: ¿qué premio me aguarda? Mas vuelvo a mi dicho: ¡Oh letras, carísimas por lo mucho que me costáis! Malditos sean vuestros inventores, o bien fuesen los egipcios, o los pelasgos, o los etruscos, o Cadmo, o Palamedes, o Trigimisto, o todos juntos; que «muchos seriades los conjurados en mi daño.»

«Qui adjicit scientiam, adjicit dolorem». Hay letras que dan a su dueño la rabia del cólera o la muerte. «Epistola non erubescit», carta libre y sin vergüenza. «Plaisir d'écrire» con ausencia de rubor, prejuicio, letanías, vulgarismo.

El «dujo» de historiar

Por llevar Urias carta a Joab, le cuesta la vida. Lo mismo ocurrió con Belerofón. El Samosatense y Salernitano mófense de la Gramática, dos veces desterrada por los romanos. Alejandro Magno echa al río la «Historia», de Aristóbulo. Babilonios, lacedemonios, egipcios, romanos, cartagineses, despreciaban la Medicina. Francos y galos rechazan la Jurisprudencia. Españoles que se mofan de libros impuestos bajo pena de vida... Oldrano y Lupo en la cita.

Filipo de Macedonia prohíbe a Alejandro la Música. Para Pablo, engaña la Filosofía, que Anatasio llama trabajosa y sin provecho. Atheneo la considera oficina de maledicencia. Eusebio dice que es repugnancia. Según Tácito, las Matemáticas son infieles poderosas que engañan. Al decir de Séneca, edifican en solar ajeno. Orígenes dice que la Dialéctica es cualidad de mosquitos. Asegura Quintiliano que la Poesía ni da honra ni utilidad. Aritmética y Geometría son para Platón ni más ni menos que invenciones del demonio...

A pesar de lo cual, este murciano ama las Nueve Musas, a Mnemosina y a los Siete Sabios de Grecia.

El mejor hablita

Digno de Juvenal, Lucano o Marcial, es un «farauste» o «estrellero». Fernando de Rojas le da el retrato: «Requieren las cabrillas el norte, haciéndose estrelleras, y ya cuando ven salir el lucero del alva, quisiéredeles salir el alma; su caridad les escurece el corazón.»

Léamosle: «Yo no soy Diógenes, pero cuando considero los médicos, los abogados o ministros, vengo a encogerme de manera que me confundo y pierdo de mí.»

Cita el giro gramatical de Pausanias: «Tengo el mejor doctor en todo, que no deja a los enfermos. Pues que los mata... El «Lazarillo», que dicen anónimo o que es de Hurtado de Mendoza, compañero de celda con Cascales, supone lo mejor evitar el envite: «Ya que estuve medio bueno de mi buena trepa y cardenales, considerando, que a pocos gol-

pes como tales el cruel cielo ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él.»

«Epargner», francés, ahorros dinerales, sufrimiento, matando, matándose... Siratónico añadirá: «Alabo tu experiencia, que en fin no dejas al enfermo pudrirse, sino que luego lo despojas de la existencia.» Nicocles replica a las divinidades en sus potestades: «¿Quién duda de ello, pues a tantos matan sin pena ni castigo?» Filimón sentencia: «Los doctores pueden matar, libres de pena.»

Este arremete, murcianísimamente, con escribanos, curiales, zarzas arañadoras de nuestras bolsas, solicitadores, sirenas que meten incautos en peligro.»

«— Todos os confederáis y dáis las manos para echaros sobre nuestra hacienda, honras y vidas. Decís, letrados, que sois administradores de la justicia; yo os digo que estáis obligados a serlo, pero que no lo sois; y lo peor es, que os lo puedo probar con argumento «in barbara».

Verso lo talar

«Deuteronomio»: «Maldito quien pervierte la justicia del extraño, pupilo, viuda; y diga todo el pueblo «amén». Iracundo Isaias: «¡Ay de aquéllos que justificáis al malvado por dinero, y quitáis la justicia a quien la tiene!»

«Irritat adversarias» del salmista. Casiodoro atiza:

«— Estos son los convites, chocarreros; en las ejecuciones, arpías; en las conversaciones, bestias; en los argumentos, estatuas; para entender, de piedra; para juzgar, leños; para perdonar, de bronce; para las amistades, leopardos; para donaires, osos; para engañar, zorras; en la soberbia, toros; en el estragar y consumir, minotauros.»

«Nous voici arrivés au soir d'un monde», de Montaigne. Continúa el paisanito sus trenos directamente, ni más derecho:

«— De los teólogos no digo nada, porque no es justo tocarles a la fimbria de su ropa, cuanto más a su vida y costumbres. Sólo digo que estos oradores sagrados, o divinos, en las pulpitos no debieran, que algunos hay que lo hacen, pasarse a lo mundanal tan apegadamente, que parece que no profesan la letra divina. Escolásticos que a veces se quieren explayar de manera que pierden los estribos. ¡Malhaya el diablo! Porque tenemos tanta multitud de ejemplos que confirman esto y nos avergüenzan.»

Definición de Clementin: Perder estribo, o equilibrio, o juicio, o la razón. Metáfora del jinete a la jineta, que pierde apoyo, seguridad, firmeza cabalgando. Sócrates, según Apuleyo, se burla de la divinidad, ni más remendado... Jura por el can o el pato... «Pato» es romance del padecer o llevar un castigo no merecido o que ha merecido otro. Dialecto precioso... El voto socrático es para el gallo «andrajoso»: «Lo que está sobre nosotros no nos toca a nosotros.»

Zenon Epicuro le llamará necio, truhán, perdido rematado... Lactancio afirma que Platón finge... y destruye... «Locos» todos los socráticos para ese

hispánico. Crisóstomo ataca exultante todo platonismo:

«— Platón fue celosísimo con todos; no consentía que ni por otros ni por él hubiera cosa de provecho; hurtó la opinión de la transmigración de las almas. Inventa leyes llenas de torpeza. Doncellas retozando desnudas con amantes, padres con hijas. ¿Qué locura ha habido en el mundo tan insigne? ¿Cuándo inventaron los poetas cosas tan prodigiosas? Dijo que el hombre no se diferenciaba de los canes. El alma del filósofo es una mosca. Cuervos y cornejas hacen de profetas. ¡Oh, perturbador de la naturaleza!

Viso a lo seglar

Riese este Paco de que Rescio fustigue a Aristóteles:

«— Muchas cosas dijo contrarias, y muchas repugnantes, que ninguno las dijera, como fue lo de la omnipotencia de Dios, de la substancia triplice, la idea del bien y del mal, la Providencia, primero principio, infinita acción del cuerpo físico, definición del calor, tiempo, generación de la lumbre, movimiento, propiedades de la mente, esferas, astros, cosas...»

¡Seiscientos errores!... Los cuenta Francisco Patricio en sus «Panaughias», «Panarchia», «Pandosia» o «Parcosmia». Y Gregorio exige que **expulsen** al Estagerita de Alemania, Francia, España, Italia, el orbe entero... Si Gayette lo acusa de impío, no deja de editar su «Poética» y «Tratados» aristotélicos en Istria (1530-1600).

En «Las Ranas», Homero narra esa materia burlesca del guasoncito «parvenu». Lo hace Aristófanes en «Las Avispas» o «Las Nubes». Ovidio cuenta parecido en «La Nuez». Virgilio imítalo en «El Mosquito». Cátulo remeda en «El Gorrión». Título que me recuerda el de una revista infantil-escolar de mis colegas uruguayos y que guardo en casa. Platón abunda en «La Locura». Demócrito describe en «El Camaleón». Favonio repítelo en «Cuartana». Guarino, en «Perro». Apuleyo con su «Asno». Sineón a «La Calva». Plutarco y «Grillo». Otro título de publicación docente de mis compañeros paceños. Pitágoras lo hace con «Anís». Estancio en «Papa-gallo». Catón y «El Repollo». Estela, «La Paloma».

Desde Juan Ruiz — con sus ranas pidiendo rey y asambleas de peces de todos los «colorines», hasta la «Gatomaquia» del gran Lope, la «Mosquea», de Villaviciosa, «Batracomomaquia» homérica, «Calila e Dymna», todo es «a feu et à sang...».

El murcianillo sale con Diego Bretón, de Simancas, en «De Republice collectanea» e «Institutiones»: «La república no recibe detrimento alguno; sean en sus votos sin tener respeto particular.»

Castrados tenores

El exclama:

«— ¡Oh dolor! ¡Oh tiempos calamitosos! Padres de la patria, defensores, regidores, emperadores, patrones de religión y pueblos... ¿A quién se dan estos títulos y renombres magníficos? ¿A quién? Callo, pues no aprovecha el hablar. Pero aunque

calle, la fama, que lo ve todo, pues es toda ojos, lo canta desde el alba hasta la noche, asentada sobre el más «alto coloso».

¡Colosísimo pueblo! Vedle la sarcástica o sardónica risa del **celtibiris**: «El mejor carnero...» «El buen puerco...» «Buey castrado...» «Pollo...» «Capón...» Ni el francoli, faisán o perdiz saben a tanto. Apiciana gula.

Apicio es nombre de tres hermanos sibaritas, cada uno con Sila, Augusto y Trajano. Montan una Academia de Repostería «Apicia». Uno se envenena porque se ve con 250.000 libras solamente. Otro inventa el secreto de la conservación de ostras frescas. Su obra: «De absentis et condimentis, sive de arte coquinaria».

De Cascales: «¿Con qué ojos mira el hombre capón a quien le considera imperfecto? Nada le falta. No deja de ser perfecto el que tuviere una oreja menos, como no dejaría de ser perfecto el árbol que tuviese una hoja seca, o ramilla.»

Los «tenorinos» de la política

Dejando las figuras de dicción se lanza con los famosísimos varones:

— «¿Dejó de ser valiente Horacio? ¿Anibal, por faltarle un ojo? ¿Acilio, por ser manco? ¿Mucio, por la diestra quemada? ¿Tiresias, por ser ciego? ¿Epicteto, por ser bizco?

— ¿De qué provecho es el diamante, el crisólido, el zafiro? De ninguno.

Tales ideas son las de nuestro coterráneo y émulo Francisco Salzillo con sus esculturas «Angel del paso», «La Oración del huerto», «Figuras de Belén» o retablo (1750). Andróginos, hermafroditas, epiceños de género, centauros, caballos de Apolo, Cástor y Pólux, los «Dioscuros», hijos de Zeus y Leda, hermanos de Helena o de Clytemnestra, en la constelación de los Gemelos u ópera de Rameau...

La conquista de Bizancio

Cuentan que los sacerdotes bizantinos se mataban, tras violentísimas confrontaciones, por descubrir el sexo de estos angelitos. Vargas Vila tiene su libro sin desperdicio en esto que, desde entonces, se califica de bizantinismo: todos contra todos, sin respetarse lazos, familias, amistades, esposos y esposas.

¿No veis lo eunuco? Ananías, Azarías y Micael arrojados al horno por Nabucodonosor. Eunucos Partenio, Colocero, Jacinto, Proto, Narsés, Aristónico, Filitero, Tireo, Hogo, Haloto, Favorino, Doro y tantos más funestos personajes.

El erudito se pierde en semejante dedalo de infamias archihistóricas:

¡Pobrecito «Ecce Homo»!

«Voici l'homme». Poeta y prosistas de consuno.

Vestido de la andrómida, los vientos Despreciaréis y lluvias; con la tiria Sidón, no irás seguro, te prometo.

Vestidura de magos. Jueces arbitrios. Contra lo consagrado moja la pluma este ilustrado. Cristo no fue de sábanas envuelto, sino con hábito mágico... Sansón lo prueba: «Proponam vobis problema».

Graves purpurados. Paráfrasis de Persio, Cátulo, Zoilo, Calderini, Propertio, Itálico, Stacio, Columella, Hermolao, Cajetano y El Brocense en su proceso inquisitorial. «Aunque dicen santo...» «Aunque santo digan...» El incrédulo glosador se cree «corto de vista y que ha menester anteojos, pues tengo muy cerca el horizonte.»

Por mi fe

Dirigiéndose a sus discípulos Malastre y de la Mota, este maestro exclama: «¡Por mi fe, que me han echado las bulas.» Quieren alegrarse la fiesta. Uno pone su capón, otro un par de perdices y él se toma el escote de ocuparse del Ternario. Se va más que corriendo a los Reyes Magos y la Trinidad. Diráse: «No sé qué secreto, no sé qué misterio escondido es éste.»

Echar las bulas, romanescamente, es una frase hecha del dialecto, definida: «Enmendar concejilmente la cobranza en cada pueblo, aldea, lugarejo, imponer carga, gravamen, misión, opresiones, desafueros, etc.

Encantadores, hombres en conocimiento de las estrellas e interpretaciones de sueños. Aquellos «pitones» que vinieron de Oriente. En persa «magos», en griego «filósofos», en toscano «arúpides» y en hindú «bracmanes» o «gimnosofistas».

Nebrija sale pitando: «Ni eran tres, ni eran reyes, ni eran magos.» Pero Sara cuece harina de tres medidas. Tres cortesías del patriarca: lavatorio, comida y sombra de higuera. Son tres los que suben al monte: Moisés, Aarón y Hus. Tres veces se mide Eliseo con el zagal para resucitarlo. Trescientos lugares a propósito.

En «Imperio de la Monarquía de España», Alfonso Calderón hace las excelencias de los números 3, 4 y 7. Horozco sacará un «Tratadillo» sobre lo mismo. El «Septenario» de Alfonso X da base a sus

«Siete partidas» con «libertad es poderío que ha todo home de fazer lo que quisiere...»

Los pitones bípedos

Pitones serán adivinos poseídos de espíritu delfico. Pitonisas de Pythio, vencedor del Dragón. Cuadrúpedos pitoneando en ruedos. Trípticas regiones de Arabia, Tarsis y Saba. Triadas fatales: las Tres Parcas o Gracias... Los 3 de Rhea. De Apolo el tripode. Triple es el Derecho. Medicina tríptica. Labriegos que se avisan con tres tiempos: obscuridad (lluvias), vientos (luna roja), claros.

Meneando los tres hijos de Adán y los ídem del padre Noé, termina:

— «¡Oh, Madre Natura, cuánto te debemos los españoles por habernos «honrado con estas estupendas triplicidades!»

La bestia que ha de ser sacrificada,
Dé cinco vueltas, primero a los sembrados,
Vaya el coro tras ella, y con guirnalda
los compañeros siganla, llamando
A Ceres con clamores a su casa...

Luengamente clásica

Calqasandi saca etimologías cerealistas, dionisiacas y cruentas de estos sacerdotes o sacerdotisas macabras en la que él denomina ciudad musulmana nueva cristianizada. «Acrístianaos» con sangrantes hisopazos y «puñalás».

Murgis, Murus, Tharderis, Myrtea, Tudmir, Medinal Mursija, ha venido a ser la Venus Murcia de todos los males en el venéreo del hombre y la mujer...

¡Honor a mastienos, que le pusieron Mastia, y a los árabes con su Muriya!

«Murciar» = hurtar... «Murcio» = ladrón...

Les «Lettres persanes» de mi artículo I son de Montesquieu. Y que los lectores disculpen las erratas.



EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de MIGUEL TOLOCHA ⁽¹⁾

AÑO 1645

En Andalucía había varios pueblos sublevados contra la corona. Sería debía ser la amenaza por cuanto, al parecer, don Luis de Haro, enviado del rey, no se atrevió a visitar todos los pueblos que se le encargaron.

..

Este año muere Quevedo, escritor genial desde el punto de vista filosófico, político y social.

Suyo es el tres veces es-coja dicho a la reina paticoja.

AÑO 1646

Nace en Alemania otro gran cerebro: Godofredo Leibnitz, recio comentador de Spinoza y de Locke. Su doctrina oscila entre el panteísmo, el monoteísmo y cierto colorido atea en el conjunto. No obstante fue algo voluble. Célebre su «Monadología».

(1) De todas las formas el año 1926 los obispos españoles hubieran mandado asesinarle por hereje.

AÑO 1647

Los pueblos andaluces continuaban enseñando los dientes: Montemayor, Lucena, Luque, Espejo, Carcabuey, etc., se muestran resueltos a todo.

Las lluvias torrenciales contribuían a que la vida fuese casi imposible en esta zona, condenando al hambre a toda la población laboriosa.

AÑO 1648

En Madrid muere Saavedra Fajardo. Un libro excelente por lo que

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multiplicando datos y fichas. — LA REDACCIÓN.

enseña es «Empresas políticas», que constituye una recopilación de sus propias experiencias.

..

Este año empieza a vislumbrarse la decadencia del imperio español. El duque de Alba se distinguió en ferocidad reprimiendo a los sublevados de los Países Bajos, territorios que al fin perdieron los dirigentes madrileños.

La que más tajada sacó de estas luchas fue sin duda Inglaterra, la pérfida Albión.

..

En Inglaterra, los republicanos, dirigidos por Cromwell, ejecutan al rey.

AÑO 1649

Año de peste en Andalucía, que se prolonga todo el año 1650. Para acabar de afinar la situación, los años 1651 y 1652 fueron también tiempos de terrible sequía. Por otra parte, el gobierno de Madrid, preocupado por un caballo herido más que por 1.000 soldados muertos, para asegurar el presupuesto militar tomó medidas económicas que elevaron hasta lo insoportable el grado de agobio y miseria en que se debatían los obreros andaluces.

Pueblos hubo que se levantaron en armas: cuchillos, chuzos, etc., atacando, entre otros edificios, a los conventos «por ser nido de traidores».

Entre los que el pueblo quería co-ger para hacer justicia, se encuentra el obispo don Pedro de Tapia, Granuja — no hubiese llegado a obispo si no — adivinó la idea y al verse perdido fingió adhesión a la causa popular, la harengó y así es como ésta se dejó engañar.

AÑO 1652

Nace Claudio Gilbert para darnos

a los 48 años una «Historia de la isla de Calejava», una utopía más en la que, como todas las utopías, los socialistas antiautoritarios podemos inspirarnos para convertir la sociedad mala que padecemos en otra mejor.

..

En Córdoba continuaban los motines organizados por el clero contra los judíos. Aquello era entre dos religiones una especie de Irlanda actual en donde los católicos y protestantes se matan dejando a su Dios hecho un Cristo.

Los cronistas de la época lo llamaron motín del hambre, pero quienes recibieron palos no fueron los obesos por parte de los famélicos sino los de tal religión por otra, o los partidarios de tal duque por los que obedecían a tal conde.

Quizó el pueblo quería otra cosa, pero los curas dirigentes de entusiasmos, consiguieron que la protesta bifurcara contra los judíos.

El año 1968, en París, también se produjo una manifestación popular imponente; las masas se dirigían a palacio y cuando llegaron ante él gente clarividente — como los curas de Córdoba 300 años antes — orientaron la manifestación hacia la Opera; con este cambio de itinerario consiguieron se adhirieran a los manifestantes casi todos los comediantes de ese teatro y otros, pero nada consiguieron de los gobernantes. Lástima, porque de haber llegado a Palacio, a lo mejor, en lugar de payasos hubiesen sido ministros los que se hubiesen sumado a la protesta.

..

Queda dicho, pues, que las protestas cordobesas no hacían llover, que en lugar de atacar a los adinerados, los hambrientos, gracias a la influencia de los frailes, atacaban a los judíos, y así quedó todo por hacer. El año 1936 también se produjo algo

similar. Los trabajadores expropiaban a todos los explotadores sin parar mientes en su etiqueta política. Tesis defendida por la CNT contra la cual se levantaron todas las demás asociaciones. De ahí surgieron — al amparo de la ley — las comisiones clasificadoras de las cuales dependían las expropiaciones. En cuanto esto fue aceptado, la explotación del hombre por el hombre sentó carta de ciudadanía. Al explotador no se le impedía explotar por el hecho de serlo sino por su filiación política.

A la influencia de los frailes en 1652 Menéndez Pelayo llama «democracia frailuna». A los favores que en 1936 recibieron los explotadores de carne humana los políticos llamaban «democracia popular».

Hay coincidencias magistrales en la historia que sirven de acicate para el análisis de las cosas y para enderezar conductas de tipo social.

A la cabeza de aquel motín cordobés se distinguió, mientras fue dirigido contra nobles, funcionarios, ricos y clero — un hombre del pueblo conocido por el «Arrancapinos».

«Arrancapinos» llamaba Alaiz a los trabajadores españoles refugiados en Francia en 1939.

ANO 1653

Continúa la sequía por el sur de España. Los estómagos de los obreros y la fe de los creyentes no mercados de templos empiezan a fallar.

ANO 1654

Debido a la persistencia de la sequía y de su inseparable el hambre del pueblo los dioses ven temblar a sus lacayos y con ellos el edificio fabricado en el cielo. Sólo matando judíos consiguen amordazar a las familias.

ANO 1655

Los tejedores de Sevilla empiezan a moverse: eran más de 5 000. De entonces arranca la decadencia industrial de esta zona. Sevilla ya no recuperó nunca su aquella industrial situación.

Una veintena de gremios habían desaparecido por falta de trabajo.

En lugar de herreros, tejedores o agricultores, España se poblaban de aventureros, de bandidos — de los llamados honrados y de los menos

honrados —, de rateros, de frailes y de mendigos.

**

Entre los pensadores hay luto: este año muere Gassendi, epicúreo y de cierta manera maestro de Hobbes y de Locke.

ANO 1656

Este año aparece otra utopía «Oceanía», escrita por Jacobo Harrington, defensor de libertades frente a la doctrina de Hobbes, con tinte, ésta, de autoritarismo estatal.

ANO 1658

Este año el luto se extiende. En efecto, muere el aragonés Baltasar Gracián. Hacía años que era prisionero de los curas, la Inquisición tenía órdenes concretas de vigilancia activa. «Miradle fijamente, visitarle a menudo y, sobre todo, que no se os escape nada de las ideas que esconden.» Era, pues, perseguido por los jesuitas, a pesar de que él también llevaba el hábito.

También muere Cromwell, primer regicida moderno y alma de lo que la historia registra como revolución inglesa. Hoy en Londres tiene una estatua de bronce en la que se ve a este jefe sobre un caballo.

ANO 1660

En los Países Bajos y en todo el litoral del norte de Alemania se hace propaganda de ideas, diríamos iconoclastas. Se apoyan en los evangelios para, como Cristo, acabar con los mercaderes de la fe, estilo Lourdes, Fátima o Santiago de Compostela. Cabecilla fue Juan Belles que firma Van Zurickzee. A su manera son revolucionarios. Preconizan la comunidad de bienes, principalmente las viviendas, cocinas colectivas. Cosa simpática: como principio tenían estipulado que «cuantas menos reglas fijas, es decir, leyes, mejor».

Estos hombres ya sabían que «cuantas más leyes hay más mala es la República».

De éstos parece que descienden los actuales cuáqueros.

ANO 1664

Nunca se sabrá cuántos crímenes se necesitan cometer para ser santo;

en todo caso el inquisidor Pedro Arbúes había matado mucha gente y en lugar de ser castigado, como quiera que mataba en nombre de Dios y al amparo de los dioses, Pedro Arbúes fue en 1664, santificado y elevado a la categoría de hombre modelo.

¡Pobre Iglesia! ¿Y aún se extraña la gente de que en nuestra época esta moderna Iglesia quiera beatificar a otro granuja como Pío XII?

ANO 1670

Fue ejecutado en Moscú un cosaco apellidado Hurrab. Cabecilla que consiguió sublevar a ciertas zonas del Este de Rusia contra los moscovitas. Un estudio hizo el anarquista Cœrderoy, pero la verdad sobre ese cosaco no ha sido aún completamente dilucidada.

**

Góngora sufre un ataque cerebral que primero le privó de su memoria y después, un año más tarde, de su vida.

ANO 1671

Cumberland publica «Estudio de las leyes naturales y filosóficas». Se enfrenta con Hobbes y con todos los autoritaristas.

ANO 1675

Los bretones se sublevaron contra la nobleza. Esta, con su rey a la cabeza, ganó y con ella se afincó la idea de centralismo político, antipoda del federalismo.

Pero hasta que ganaron, los trabajadores bretones pegaron fuego a varios castillos. En algunos casos sin dejar salir a su amo de él. Establecieron una serie de reglas revolucionarias que han sido recopiladas en un volumen: «Código del aldeano». La furia de erotismo y de sexos al aire que se ve ahora aquí y allá ya fue problema de entonces. En el «Código del aldeano» se preconizaba la comunidad de bienes y de mujeres. Nada dice de comunidad de hombres.

**

En España Fray Juan Cano escribe su «Reforma moral, política y cristiana», algo inocente en su fondo.

Nada de lo que propone serviría de remedio a los defectos sociales que vivimos.

Otro español, Alvarez Osorio, escribió otro libro cuyo principal tema era: «Hay que quemar todos los libros de leyes.» Todos menos uno hecho con leyes de buen sentido.

Insoluble problema.

..

Nace otro maestro: Samuel Clarke, maestro a pesar de que cuando ni su imaginación ni su ciencia le procuran solución a los problemas planteados por la vida diaria, apela a la divinidad refugiándose en la cáscara de su impotencia.

AÑO 1676

Otro libro de tipo social. Se titula «Las aventuras de Jacques Fadeur». Hay referencias que tanto este libro como el de Claudio Gilbert, como el de Campanella, etc., inspiraron a los jesuitas para los ensayos de vida que hicieron en el Paraguay.

Este año nace otro hombre insigne que se enfrentó con los inquisidores. Se llamó Feijoo.

AÑO 1677

Veiras publica este año «Historia de los Severantes», novela social de ribetes revolucionarios. Libro aconsejable por lo atrevido que fue su autor frente a los poderosos.

Fue éste un año de peste en muchos pueblos, no sólo de España sino de Europa.

..

Se publica «Ética», obra póstuma de Spinoza. Indispensable para conocer a fondo dicho tema de la moral.

AÑO 1679

Año de epidemias palúdicas. Hay terror en las almas, angustia y hambre por doquier.

AÑO 1680

Aparece en el espacio un cometa. Su aparición permitió que muchos

hombres de ciencia razonaran sobre la fe y la idea de divinidad. Bastantes de ellos se alejaron de la religión para acercarse a la Naturaleza. Entre los más destacados tenemos a Pedro Bayle, que escribe «Pensamientos diversos sobre el cometa».

AÑO 1681

Muere Calderón de la Barca, excelso poeta y dramaturgo en cuya obra todas las generaciones podrán aprender algo. Dejó escritos 120 dramas y 80 autos sacramentales.

AÑO 1683

Año de sequía en España por la cual se pierde el 80 por 100 de las cosechas.

..

Juan de la Chapelle, autor de una «Cleopatra» hizo estrenar en París «Meropen».

AÑO 1684

Hambre en España por exceso de lluvias.

Y la gente reza que te rezará.

..

Por motivos y objetivos diferentes, la gente empieza a vivir tal como su fuero interno lo prevé. En general viven con la esperanza del revolucionario exenta de vanidad y petulancia.

AÑO 1685

Pérdida de cosechas por sequía.

AÑO 1686

Año glorioso para la ciencia. Newton expone en la Sociedad Real de Lemires su teoría de la gravitación.

..

Continúa la sequía hasta 1690.

AÑO 1688

La Bruyère publica por primera vez «Caracteres morales».

AÑO 1689

Locke publica «Ensayo sobre el entendimiento humano». Orienta con ello a toda una generación, aunque en algunos aspectos, pocos pero fundamentales, se reñía con las teorías que sobre el mismo tema lanzaran Spinoza y Bacon, amén del propio Hobbes.

..

Nace este año Montequieu, autor de «Cartas persas», en cuyo libro sienta plaza contra el despotismo.

AÑO 1690

Ya hace tres años que en España la sequía de un año empalma con la del otro. Todo hasta 1692, año en que las lluvias en exceso destruyen las cosechas.

..

En nuestra época hay guerras entre naciones porque — hablan los especialistas — las rivalidades económicas enfrentan a una nación con otra.

En 1690, los distritos económicos — las economías — no abarcaban tanto territorio. No se hablaba de Mercado Común, como ahora, se hablaba de aduanas municipales, reduciendo al municipio a vivir, gozar y explotar sus posibilidades económicas; si buenas, buenas; si malas, malas.

De tal forma ocurría así que se llegaban a registrar guerras entre una localidad y otra por el hecho de que una intentaba fabricar los mismos objetos que la otra.

Guerra hubo este año 1690 entre los de Pastrana que ya tenían desde hacía 4 años una fábrica de cintas, con el pueblo de Fuente de la Encina, que se instalaban con otra.

Dicen las crónicas que los que caían prisioneros eran paseados por las calles del pueblo rival cual si fuesen prisioneros de guerra, tratados como enemigos.

Este mismo peligro surgió en 1936 entre una colectividad y otra. A pararlo vino el Pleno de Colectividades de Caspe en donde por unanimidad la Federación de Colectividades creaba una caja común federando las economías de cada una.

POETAS DE AYER Y DE HOY

COPLAS DE JORGE MANRIQUE

por la muerte de su padre

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando

No se engañe nadie, no,
creyendo que ha de durar
lo que espera

Cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando.

Más que duró lo que vió,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

Cuán pronto se va el placer,
cómo, después de acordado,
dá dolor,

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir.

Cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Allí van los señorios
derechos a se acabar
e consumir.

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto s'es ido
e acabado,

Allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos.

Si juzgamos sabiamente
daremos lo non venido
por pasado.

Allegados son iguales
los que viven por sus manos
e los ricos.

